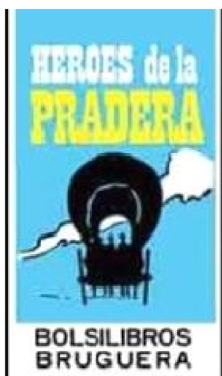
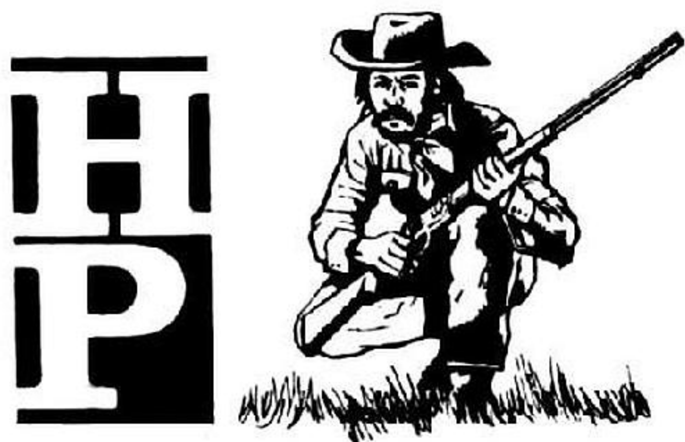


Keith LUGER

NO ME IMPORTAN LAS BALAS



HEROES DE LA PRADERA





Keith Luger

¡NO ME IMPORTAN LAS BALAS!

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 586
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

¡NO ME IMPORTAN LAS BALAS!

KEITH LUGER

Colección HEROES DE LA PRADERA n.º 586
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGERA S. A.
BARCELONA- BOGOTA- BUENOS AIRES - CARACAS - MEXIXO

3.ºedición en esta colección en España: marzo, 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor de
Editorial Brugera, S.A.
Camps y Fabrés, 5. 06006 Barcelona (España)

Impreso en España Print in Spain

ISBN 84-02-02524-2

Depósito Legal B 833-1981

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Carretera Nacional 152 km 21,650.
Parets del Vallés (Barcelona) 1955

CAPÍTULO PRIMERO

Los tres jinetes se detuvieron en lo alto de la colina, cuando el que marchaba en el centro alzó la mano para indicar el alto.

—Ahí viene Pip —dijo. Y echó pie a tierra fijos los ojos en el hombrecillo que remontaba la colina tirando de las bridas del caballo.

—Parece que viene muy nervioso, Mike —contestó el jinete de la derecha mientras descabalgaba.

Mike se mantuvo en silencio, observando el trabajoso ascenso de Pip por la suave pendiente.

Pip llegó con la boca entreabierta y jadeó un buen rato.

Mike hizo una mueca y se le acercó, moviendo los anchos hombros.

—¿Qué demonios te sucede, Pip?

El hombrecillo se mordisqueó los labios y repuso:

—Acabo de ver al viejo Lewis.

Mike acentuó la mueca y miró a los que le secundaban.

—¿Qué os parece, muchachos? Acaba de ver al viejo Lewis. ¿Pensáis lo mismo que yo?

Pip se adelantó a la respuesta de los muchachos que secundaban al fornido Mike.

—Sí, Mike —dijo—. Lo he sorprendido en la misma boca de la Caverna Inclinada.

Se hizo un breve silencio que Mike interrumpió.

—No hace falta que digas que lo has echado de cabeza en la caverna, Pip. ¿Te dio mucho trabajo?

El hombrecillo miró a sus compañeros sin comprender y por fin sacudió la cabeza, desconcertado.

—No le he hecho nada al viejo.

Mike arrugó la cara.
—¿Que no le has hecho nada?
—No, Mike. Me di prisa en venir aquí a decíroslo.
Los ojos de Mike brillaron malignamente.
—¡Tú eres el encargado de vigilar al viejo!
—Lo sé, Mike.
—¡Tenías la misión de tirarlo de cabeza en la Caverna Inclinada si se atrevía a meter las narices allí!
—Sí, Mike.
La voz del fornido hombre se elevó por encima de los chirridos de las cigarras.
—¡Condenación! ¿Es que no sabes las órdenes?
Pip empalideció.
—¡Sí, Mike! —gritó al contestar—. ¡Pero el viejo tenía un rifle en la mano mientras exploraba la boca de la caverna!
Mike reaccionó bruscamente.
Estiró el brazo izquierdo armado de un puño que percutió en el cuerpo de Pip.
Éste gimió y retrocedió, evitando la caída al sostenerse en un arbusto que le llegaba a la altura de la cabeza.
—¿Por qué me pegas, Mike? —chilló.
El tipo llamado Mike tenía los ojos brillantes como carbunclos.
—Eres un bastardo, Pip, un puerco y condenado bastardo. ¡Siempre dije que eras cobarde hasta los huesos!
Pip asintió sinceramente.
—Ese viejo es un diablo. En sus tiempos baleó a más de cuatro. Tuve miedo al verlo con el rifle en la mano…
Mike lo interrumpió soltándole un revés en plena cara.
El hombrecillo se derrumbó a pesar del sostén del arbusto. Se tocó instintivamente la comisura de la boca y al ver la sangre se puso más pálido todavía.
—¿Qué me has hecho, Mike? —gritó.
Mike se le acercó sonriendo.
—Lo siento, hijo —repuso, con voz tranquila—. Confieso que he perdido los estribos.
De pronto soltó un patadón en las costillas del hombrecillo.
Los otros dos jinetes se echaron a reír ante el gemido de Pip.
—Tienes cosas muy buenas, Mike —dijo el que continuaba a su

derecha.

Mike hizo caso omiso a sus palabras. Tenía la mirada centelleante clavada en el caído.

—¿Sabes lo que haría contigo el capataz si se enterara de que no has echado de cabeza al viejo por el agujero?

—¡El señor Tann comprendería mi situación! —protestó Pip desde el suelo.

Mike rió siniestramente, volviendo la cabeza hacia los dos hombres.

—¿Qué os parece? ¡Dice que Tann se lo pasaría por alto!

Los dos jinetes soltaron la carcajada.

Mike se dirigió a Pip.

—Tann te habría abierto unos cuantos agujeros por todo el cuerpo. Sabes perfectamente que confiaba en que Lewis estuviese vigilado.

Pip se arrastró por el suelo para ponerse fuera del alcance de las botas de Mike y exclamó:

—¡No comprendo qué daño hace el abuelo por querer explorar la caverna! ¡La caverna está dentro de su propiedad! ¿No es así? ¡Por eso me faltó valor! ¡No tenemos razón, y además… el viejo iba armado con rifle y «Colt»!

Mike abrió los ojos sorprendido ante el arranque del que se arrastraba por el suelo.

—¿Desde cuándo piensas por tu cuenta, cucaracha? —Apretó los dientes—. ¡Era una orden del capataz! ¿Por qué no la has cumplido?

—¡No pude, Mike! ¡Ésa es la verdad!

Mike dio un ágil salto antes de que Pip se alejara demasiado y lo atrapó por la pernera del pantalón. Lo arrastró por el suelo y acabó por ponerlo en pie de un brusco tirón.

El tipo de la derecha de Mike sonrió a su gusto.

—¿Por qué no le damos lo que pide hace rato?

—Cállate y mueve los puños, Thomas —gruñó Mike. Y a continuación impulsó hacia Thomas el enclenque cuerpo de Pip de un soberbio puñetazo.

Thomas rió con fuerza y al recibir el cuerpo de Pip, lo reintegró a su vez en dirección al barbudo y silencioso individuo de la izquierda.

El tipo hizo un movimiento tardío y no pudo cazar a Pip que

viajaba por los aires gritando a todo pulmón.

Thomas se escupió en las manos.

—¿En qué estás pensando, Scott? ¡Si es la mar de divertido!

El barbudo Scott interrumpió el pataleo de Pip en el suelo, propinándole un puntapié en la cadera y lanzándole a Mike.

El hombrón estaba al corriente de aquella especie de juego, porque sin titubear cazó a Pip antes de tocar el suelo y lo percutió con fuerza en un costado de la cabeza.

Pip dio un alarido y dejó un rastro de sangre y secreciones por el aire.

Cayó junto a Scott nuevamente y ésta fue su desgracia. Scott, el barbudo hizo un torpe movimiento con la pierna derecha y cogió de lleno la cabeza de Pip.

Se escuchó un crujido maligno, y entonces Pip dio la vuelta con el pie.

—Lo has dejado tieso, Scott.

Thomas alzó las cejas sorprendido.

—¿Está muerto? ¡Infiernos, Scott! ¿Cómo has podido hacerlo?

El barbudo escupió sobre el cuerpo de Pip.

—Ya sabéis que yo no entiendo estos juegos.

Thomas lanzó una alegre carcajada.

—¡Eres un salvaje, Scott!

Mike estremeció el cuerpo divertido y profirió una risotada apuntando con un dedo a Scott. Éste miró a sus dos compañeros, dio un gruñido, pero finalmente acabó por sonreír.

—No sé hacer durar las cosas, chicos. Eso es lo que me pasa.

—¡Lo mismo te ocurrió con Alice, la chica de Nuevo México! —exclamó a mandíbula batiente Thomas—. ¡Apenas te duró un par de semanas!

Los tres hombres acabaron por retorcerse de risa.

Cesaron bruscamente de hacerlo al notar a sus espaldas el choque de unos cascos de caballo contra las rocas de la colina.

—¡El capataz! —dijo Thomas, y se quedó mirando al jinete que se acercaba.

El recién llegado se detuvo a pocas yardas del trío.

Era un hombre de unos treinta y ocho años, más bien delgado, de hombros muy anchos y rostro pétreo, como tallado en granito. Sus ojos grisáceos observaron a cada uno de sus hombres y se

detuvieron finalmente en el cadáver amoratado de Pip.

—¿Qué ha pasado?

—Mike se miró las botas y luego levantó la cabeza.

—Vio cómo el viejo Lewis metía las narices otra vez en la Caverna Inclinada.

Las angulosidades del rostro del capataz parecieron más acusadas.

—Hay que liquidar a ese cochino viejo en el acto. ¡Ahora mismo!

Mike carraspeó.

—De eso se trata, señor Tann. El bastardo de Pip no se atrevió a hacerlo saltar dentro. No debimos confiar en él.

Los ojos grises del capataz Tann se desviaron nuevamente hacia el cuerpo de Pip.

—Bastardo… —masculló.

—Por eso le hemos dado unas cuantas pasadas, jefe —continuó Mike—. Teníamos tantas ganas de ajustarle las cuentas que nos hemos excedido un poco.

—Os habéis pasado de la raya —corroboró Tann—. Cuando alguien no obedece mis órdenes, me gusta darle el merecido por mi cuenta. No era cosa vuestra.

—A lo hecho, pecho —puntualizó Mike, irónico—. Pip tuvo miedo porque el viejo piojoso tiene un rifle.

El capataz Tann dejó perder su dura mirada en la lejanía.

—Poneos en marcha ahora mismo —dijo en voz apenas audible porque hablaba con los dientes apretados—. Estoy cansado de que Lewis se empeñe en oler el interior de la caverna.

—Hemos aguantado demasiado, jefe.

Tann lo miró.

—¡Tiradlo de cabeza en la caverna, sin contemplaciones!

Hubo un silencio.

El trío de empleados contempló al capataz.

Mike carraspeó cejijunto.

—Oiga, jefe. ¿Qué demonios tiene esa Caverna Inclinada? Tantas preocupaciones y órdenes a rajatabla nos están picando la curiosidad.

Tann le dedicó la mirada más fulminante de que era capaz.

—Algún día vas a perder la dentadura y te la vas a tragar

después. Todo eso por hacer preguntas con descaro.

Mike abrió la boca para responder, pero vio tal expresión en la cara del capataz que acabó por bajar la mirada y observar la uña que le perforaba la bota.

—De acuerdo, jefe. Nada de preguntas.

Tann espoleó el caballo, rasgando la piel del animal.

—¡Daos prisa! —rugió—. No quiero ni pensar lo que pasaría si el patrón se entera de que el vejestorio de Lewis Baker está allí intentando explorar la cueva.

Dicho esto, volvió la grupa del caballo y se alejó rápidamente.

Mike se enjugó el sudor, cambió una mirada con sus compañeros y se acercó a la montura.

Subió de un salto y los otros dos lo imitaron.

Poco después bajaron la pendiente de la colina, dejando un rastro de polvo a sus espaldas.

Los arbustos empezaron a moverse de pronto y por entre ellos apareció un sujeto un tanto grueso, de rostro sonriente y recién afeitado. Volvió la cabeza hacia el lugar de observación que acababa de abandonar.

—Puedes salir ya, Dennis. ¿Te has empapado de todo?

—Sí, Batsy —dijo un sujeto delgado, de rostro hosco al aparecer por entre los arbustos. Tenía una pata de palo sujeta firmemente al muslo mediante correas. A la misma altura lucía un «Colt» de cachas de madera—. La cosa se pone buena.

El regordete Batsy le guiñó un ojo.

—Sabía que te darías cuenta de todo —dijo—. Esperaremos a que los hombres de Tann se carguen al viejo Lewis que se empeña en explorar el agujero. Luego, le haremos la visita formal al patrón de esos chicos y le plantearemos el negocio.

—Me gusta el plan.

Batsy rió alegremente.

—¿Tenemos suerte o no, muchacho? ¡Que me emplumen si de ésta no salimos con los bolsillos llenos de billetes!

—Sacaremos una buena tajada —replicó el de la pata de palo—. Una buena y sabrosa tajada en el asunto de la Caverna Inclinada.

CAPÍTULO II

Lewis Baker, de sesenta años, delgado, de piernas arqueadas y cabello cano y escaso, se adentró en el interior de la Caverna Inclinada con paso precavido, y a las pocas yardas de la entrada se detuvo al observar que el papel inflamable se apagaba súbitamente por la presencia de ácido carbónico.

Se tapó las narices rápidamente y con la otra mano trazó una marca en la pared de roca para indicar el lugar más profundo que había alcanzado en la exploración de aquel día.

Luego, le dio a las piernas y salió al exterior donde aspiró una bocanada de aire puro tan violenta que le produjo un acceso de tos a causa del catarro crónico que padecía.

Unos minutos más tarde se asomó nuevamente a la boca de la caverna y se frotó las manos con satisfacción mientras emitía un gruñido.

—¡Buenos días, abuelo! —dijo alguien detrás de él.

Lewis dio un salto lleno de sobresalto y lanzó un respingo al ver los tres hombres que se acercaban.

—Ho… hola —dijo, alargando el cuello.

—Me llamo Mike —aclaró el tipo fornido que se acercaba a Lewis.

El abuelo intentó corresponder a la sonrisa ancha del llamado Mike, pero al observar los revólveres muy bajos de los tres hombres, sólo hizo una mueca.

—Yo me llamo Baker. Lewis Baker —dijo, y sus ojillos no se perdieron detalle de los recién llegados.

Mike guiñó un ojo a los que le secundaban y luego señalo con la cabeza al agujero abierto en las rocas.

—¿Qué busca ahí dentro, abuelo?

—¿Yo? —Lewis soltó una carcajada forzada.

—Nos han dicho que se despepita por meterse ahí adentro abuelo.

Lewis tosió para aclararse la garganta.

—Siempre me he preguntado qué es lo que habría en el fondo de la caverna.

Mike se le acercó un poco más y sonrió con todos sus dientes.

—¿De veras, abuelo?

—Está dentro de mi propiedad, ¿sabe?

Mike alzó las cejas.

—¡Ésa es una buena noticia, abuelo! ¿De modo que la caverna le pertenece?

Lewis observó al tío lleno de una aprensión instintiva.

—¿De dónde son ustedes?

Mike ladeó la cabeza.

—Pertenecemos a un cuerpo de vigilancia pagado por los agricultores del otro lado del vallé. ¿Usted también tiene verduras, eh, abuelo?

Lewis señaló con un gesto vago la extensa porción de terreno escabroso donde vegetaban algunas hortalizas.

—Hago lo que puedo.

Lewis se masajeó el mentón.

—Supongo que ha descuidado su trabajo a causa de esa manía que se le ha metido entre ceja y ceja de saber lo que hay dentro de la caverna.

—Sí —dijo Lewis, y la tensión que notó en el ambiente no le gustó nada—. He pensado si habría dentro algo de valor.

—¿Oro? ¿Plata? ¿O tal vez un tesoro enterrado?

Lewis se humedeció los labios con la lengua.

—Daría una oreja por saberlo —confesó.

Mike rió con ganas y contagió a sus dos compañeros quienes se acercaron lentamente.

—Vamos a ayudarle, abuelo —dijo Mike, muy serio.

Lewis alzó las cejas.

—¿Ayudarme? ¿Es eso de veras, señores?

Thomas y Scott, el barbudo, se inclinaron sobre el viejo.

—Sí, abuelo —dijeron a coro.

Lewis sufrió un ligero estremecimiento.

Mike hundió los pulgares en el cinturón y miró a Lewis.

—Apuesto a que se desvive por que le echemos una mano.

Lewis observó al trío que le rodeaba cada vez más estrechamente.

—No entiendo, palabra.

Mike se rascó la ceja.

—Hemos oído la afición que le tiene a meterse en ese agujero y, mire por dónde, los muchachos y yo hemos pensado en ayudarle.

—¡Es estupendo! —rió Lewis en tono falso a través de la inquietud que sentía. Los sujetos vistos de cerca habrían hecho temblar a Satanás.

Mike lo palmeó en el puntiagudo hombro.

—Sí, viejo —dijo, seriamente—. No podemos permitir que usted lleve todo el peso del trabajo.

Thomas sonrió afablemente.

—Sí, abuelo. Usted va a cumplir sus deseos ahora mismo.

Los tres sujetos rieron en la cara de Lewis.

Mike guiñó un ojo.

—Le aseguro que no tendrá queja.

Lewis los observó uno a uno. Apuntó a la caverna con un índice nudoso.

—¿Cómo van a arreglárselas, muchachos? ¡La caverna está llena de ácido carbónico!

Mike entreabrió la boca.

—¿Qué animal es ése, abuelo?

—Se trata de un gas irrespirable —aclaró Lewis—. Todos los lugares cerrados acaban por inundarse de esa atmósfera.

—¡Infiernos! —exclamó Mike—. ¡Está muy enterado del asunto!

—Tengo un sobrino que es químico de minas. Me lo ha explicado muy bien.

Mike sacudió la cabeza pesarosamente.

—Entonces, tendrá que entrar usted solo, abuelo.

—¿Yo?

—SI abuelo. Usted es el más indicado. Pero verá como lo ayudamos.

—¡Canastos! ¡Quisiera saberlo de una vez! ¿Cómo pueden ayudarme?

Thomas intervino hundiendo el dedo afectuosamente en el

abdomen de Lewis.

—Es sencillo, abuelo. Yo le daré un empujoncito.

Lewis retrocedió con los ojos llenos de espanto.

—¿Qué?

Thomas hizo una mueca de tristeza.

—Usted sabe que el piso de la Caverna es muy inclinado. Llegará abajo en un momento.

El viejo reculó aterrado.

—¡No pueden hacerme eso!

—Será coser y cantar —aseguró Mike—. Se va a dar el gusto de ver de una vez el final de la caverna. ¿No se alegra, abuelo?

Lewis tembló de pies a cabeza, incapaz de responder.

Thomas se acercó a él y lo volvió bruscamente de espaldas.

—¿Preparado para el salto, abuelo? ¡Verá qué divertido!

El viejo pataleó entre los fuertes brazos de Thomas.

—¡No…! ¡No quiero que me echen dentro!

—¡Canastos, abuelo! —protestó Mike—. ¡Usted tenía muchas ganas de ver el fondo de la caverna!

—¡No! ¡No quiero verlo ya!

Los tres individuos rieron con fuerza.

—¡Va a cumplir sus deseos de hace tiempo, viejo! —rió Thomas, a punto de desternillarse.

Lewis vio el negro agujero de la caverna y cuando lo acercaron le pareció más negro que nunca. Los ojos se le salían de las órbitas.

Mike, Scott y Thomas bailotearon a causa de la hilaridad, ante el terror del viejo.

De pronto, oyeron una voz bien timbrada, de acento varonil, que provenía de la parte donde dejaron los caballos.

—¿Puedo ayudarles, señores?

Los tres interpelados se volvieron a un tiempo.

Un hombre alto, de anchos hombros, moreno y rostro de facciones enérgicas, se acercaba a ellos con lentitud.

Estaría por los veintiocho o veintinueve años de edad, aunque sus negras pupilas traslucían la experiencia de una mucho más larga, iba vestido con una camisa holgada, oscura, y unos pantalones estrechos que se ajustaban a sus piernas. A pocas pulgadas de la rodilla derecha, se balanceaba un «Colt» al compás de su lento paso.

Mike abandonó el gesto de sorpresa cerrando la boca, y sonrió al tiempo que se levantaba el ala del sombrero de un papirotazo.

—¡Vaya, tenemos un voluntario para empujar al viejo!

Lewis salió entre el trío y gritó:

—¡Cuidado, Jackie! ¡No te acerques!

Thomas enarcó las cejas divertido.

—¿Jackie? ¿Es que se conocen? —Se dirigió al joven desconocido—. ¿Quién es usted, amigo?

El recién llegado se detuvo a unas cuantas yardas del grupo.

—Jackie Baker —dijo, y ladeó la cabeza, haciéndose cargo de la escena.

—¿Has oído bien, Mike? —exclamó Thomas—. ¡Apuesto a que es el sobrino!

Mike demostró un súbito interés.

—¡Vaya, el químico en minerales! ¡Ésta sí que es buena! ¡No le creíamos tan cerca!

Jackie lo miró con las pupilas brillantes.

—También me intereso por la caverna, señores. Acabo de llegar.

Mike, Thomas y Scott cambiaron miradas, y el resultado fue una explosión de risas.

—¡Pues ha llegado a tiempo, amigo! —dijo Thomas.

Jackie lo miró, esbozando una sonrisa con una molécula de ironía.

—¿De veras?

—¡Apuesto a que también se muere por ver el interior de la caverna aunque tenga gases!

—Tal vez.

Thomas tuvo que cogerse los riñones.

—¡Estupendo, forastero! ¡Usted va a acompañar a su tío! ¡Así no irá tan sólito al fondo! ¿Qué te parece?

Jackie encogió los hombros, pero no dijo nada.

Mike cabeceó satisfecho.

—¡Tendrán un viaje divertido! ¡Infiernos, es propio que vayan los dos juntos! ¡Esto se va haciendo cosa de familia!

El trío de compinches atronó el aire con sus carcajadas.

Lewis gritó a través del jolgorio.

—¡Vete, Jackie! ¡Huye antes de que sea demasiado tarde!…

Mike se fue calmando y miró al joven.

—Vamos, muchacho. Dele ánimos a su tío. Ya verán qué bien se lo pasan ahí dentro.

—Estoy seguro —dijo Jackie, y apoyó distraídamente la diestra en el «Colt».

Mike abrió la boca.

—¡Claro que sí, muchacho! ¡Y nos parece muy raro cómo no ha salido usted antes!

Jackie se rascó el mentón.

—Estaba durmiendo un rato —aclaró—. De pronto noté un olor penetrante a cerdo y me desperté. No saben lo que me molesta la pestilencia del cerdo.

Mike lo observó sorprendido.

—¿Cómo dice, muchacho?

—Cuando vine aquí aclaré lo del olor a cerdo. Era raro porque mi tío no tiene ninguna porqueriza.

Thomas hizo una mueca mirando a Mike.

—¡Nos está llamando puercos! ¿Es que no te enteras?

Mike se rascó la cabeza.

—Repita eso, amigo. Usted habla un poco enrevesado.

Jackie abrió las piernas en compás.

—Mike, usted incluso tiene las orejas en punta, y apuesto a que cuenta también con un rabo en forma de muelle.

—¡Condenación! —rugió Mike—. ¿Es que está loco?

Thomas intervino con la misma mueca en la cara.

—Ya entiendo lo que pasa —dijo a sus compañeros por la comisura de la boca—. El tipo le tiene miedo a morir asfixiado y ahora está buscando que le metamos una bala en el cerebro.

Mike apretó los dientes.

—Pues le daremos lo que quiere. Hay que respetar la última voluntad de los condenados.

Jackie sacudió la cabeza aparentemente con amargura.

—Todavía quiero pedirles otro favor.

—¿Cuál, bastardo? —Escupió Mike.

—Que saquen los tres al mismo tiempo, pero lejos de la boca de la caverna. Sería lamentable que fueran a parar dentro.

Mike creyó ver visiones.

—¿Estáis oyendo lo mismo que yo, chicos? —resolló.

Thomas contestó sin quitar ojo al loco forastero.

—No hago más que preguntarme si es verdad.

Mike apretó los dientes y rugió con todas sus fuerzas.

—¡Maldición! ¿Qué estamos esperando? ¡Llenadlo de agujeros!

Mike, Thomas y Scott sacaron las armas.

Jackie lo hizo al mismo tiempo y empezó a gatillar.

Pero cambió de lugar a cada disparo.

Mike recibió un plomo en las fosas nasales y pegó tal brinco que estuvo a punto de entrar en la caverna más rebotó contra una roca y después de dejar pegado allí parte del cuero cabelludo, acabó el recorrido pulverizándose una oreja en un plano rocoso.

Thomas notó la extraña sensación de que un hilo de fuego le entraba por el estómago y continuaba hacia la espalda. Al llegar a la columna vertebral, vio un chispazo por reflejo y después del apagón se hundió en la nada.

Jackie sabía que le había dado también al barbudo Scott.

El tipo rodó vertiginosamente sobre sus talones al recibir un plomo sesgado en el ojo y fue a golpearse contra otra roca, quedando en una posición grotesca.

Lewis observó la carnicería con los ojos muy abiertos, sufrió un par de arcadas y finalmente dio un ronquido, desplomándose en el suelo sin conocimiento.

CAPÍTULO III

Jackie Baker estaba ya cinco minutos palmeando las mejillas fláccidas de su tío Lewis, cuando de pronto el viejo abrió los ojos.

—¡Infiernos, muchacho! ¡He tenido una horrible pesadilla! ¡He soñado que te liabas a tiros con tres tipos de cuidado y los hacías picadillo! ¡En mi vida he tenido un sueño más desagradable!

El joven carraspeó.

—No ha sido un sueño, tío Lewis.

El viejo hizo una mueca.

—¿No, muchacho? ¡Infiernos! ¿Qué le pasa a mi cabeza? —Miró a su alrededor, pero no vio cadáveres—. ¿Es que quieres tomarme el pelo, Jackie? ¡Te digo que fue una pesadilla espantosa! ¡Ahí no hay ningún cadáver!

Jack lo ayudó a incorporarse.

—Acabo de retirarlos yo mismo, tío.

Lewis soltó un respingo y le fallaron las piernas.

—¿Cómo? —gritó, alargando el cuello.

—Mientras estabas desmayado, los he montado en sus caballos y los alejé a palmadas.

—¡Cógeme, muchacho! —exclamó Lewis—. ¡Me está dando otra vez el mareo!

—Cálmate, tío.

El abuelo observó las huellas de sangre y galleó:

—¡Pe… pero…! ¡Jackie! ¡Estoy hecho un lío! ¡La cabeza parece que no es mía!

—Ha sido la impresión, tío Lewis. —Jack sacudió el polvo de las perneras del pantalón—. ¿Te encuentras ya mejor?

—¿Mejor? —gimió el viejo—. Ahora me viene todo a la memoria claramente ¡Voy a caerme otra vez, Jackie!

Se interrumpió, echando mano al bolsillo de atrás. Sacó un frasco y después de destaparlo bebió un trago. Olía a *whisky*.

—Tuve que hacerlo, tío Lewis —continuó el joven entretanto—. Esos individuos estaban decididos a tirarnos ahí dentro de cabeza.

—¿Cuánto tiempo he estado sin conocimiento, muchacho?

—Unos quince minutos. La verdad es que me diste un susto. Creí que era un ataque.

—¡No he estado muy lejos! —exclamó Lewis—. ¡Infiernos, hijo! ¿Cómo has podido hacerlo?

Jackie miró al viejo con fijeza.

—Sólo tuve que doblar el dedo —dijo.

El tío de Jack lo miraba como si de repente hubiera dejado de pertenecer a la familia. Boqueó sin poder articular palabra a medida que volvía a la normalidad.

Jack indicó la caverna.

—Parece que a la gente no le gusta la exploración.

Lewis reaccionó de su indisposición, poniéndose a sudar copiosamente.

—Muchacho —dijo, con un hilo de voz—. Acabo de cambiar de pensar.

—Mi madre se equivocó. Decía que tenías la cabeza muy dura y que si algo se te metía entre ceja y ceja…

—¡Pero es que no quiero dejar aquí el pellejo, muchacho!

—Comprendo.

—¡Ni tampoco quiero que lo dejes tú!

Jackie entornó los ojos.

—Eso tiene una solución, tío.

—¿Cuál?

—Mantente aparte de esto. Yo me encargo de explorar lo que hay dentro.

—¡Y un cuerno, Jackie! ¡He pensado que tú y yo nos vayamos una buena temporada a ver qué se pesca por las tierras del Este! ¡Ya estoy cansado de estos andurriales!

Jackie tomó el sombrero del viejo y se lo incrustó a éste hasta a las orejas.

—Vete, tío. Unas buenas vacaciones te sentarán bien.

—¡No!

Jack rió con fuerza.

—Yo estaba trabajando tranquilamente en las minas de Arkansas y esperaba pasar unas vacaciones de primera. Pero recibí tu carta, donde me hablabas de este condenado agujero.

—Sí, Jackie.

—No me importaba un comino el asunto, pero tú necesitabas despejar el ácido carbónico del interior de la cueva. Te envié esos papeles químicos que sirven para destruir el ácido y empujarlo nada afuera, pero no estabas contento. Querías que yo me ocupara del asunto.

—Sí, Jackie.

El joven suspiró pacientemente.

—Entonces, me contagiaste las ganas de meter también las narices. Estoy un par de días aquí y se me comen las ganas igual que a ti.

—Sí, Jackie.

—Pues bien, tío. No pienso largarme de aquí más que el día que consiga meter la cabeza hasta el fondo.

—¡No, Jackie!

—Quiero saber lo que hay dentro. Necesito obtener muestras de los minerales que hay abajo. En una palabra, he de conquistar la caverna.

—¡No, Jackie! ¡Todavía no me explico cómo te has podido cargar a esos tres fulanos, pero no quiero repetir la experiencia!

—No sé cómo te puedes echar atrás apenas se presentan dificultades.

—¿Llamas dificultades a tres fiambres, recién servidos? ¡Renuncio al agujero, muchacho! ¡Es superior a mis fuerzas!

—Ahora que todo marchaba a pedir de boca.

Lewis dedicó una ojeada a la entrada de la caverna.

—¡Es verdad, muchacho! ¡He logrado introducirme sin peligro lo menos diez pasos!

—¿De modo que los papeles químicos dan resultado?

—¡Excelente, hijo! ¡Esos papeles son milagrosos! ¡Apenas quemas un par de ellos y la atmósfera se aclara como por magia!

—La Química es sorprendente —dijo Jack. Y agregó como pensando en voz alta—: ¿Por qué hay gente que no le gusta que hurguemos aquí?

El viejo se rascó la pelambrera.

—Apuesto a que es la envidia —dijo—. Sospecho que algunos opinan que dentro hay algo muy valioso. Pero el cochino gas no permite la entrada.

—Ayer me hablaste de la superstición.

El viejo arrugó los labios.

—Los roñosos indios que están un poco más arriba del valle comentan con la gente que los espíritus de ciertos enemigos están encerrados aquí dentro. Dicen que si alguien hurga en las entrañas de la Caverna del Ojo Maligno, como le llaman ellos, los malos espíritus saldrán fuera y la sangre empezará a correr en el valle. Dicen que ya ocurrió una vez cuando Pié de Alce, un antepasado que tenía la habilidad de contener la respiración diez minutos, penetró ahí dentro y anduvo enredando las cosas. Poco después hubo muertos a montones entre indios y colonos. De eso hace cincuenta años.

—Entiendo.

Lewis escupió hacia la boca de un hormiguero y lo obturó.

—La gente del otro valle está un poco contagiada de la superstición que cacarean los indios. Puede que algunos hayan pagado a esa gente para que nos lanzaran de cabeza.

—O algún tipo que sabe que ahí dentro hay algo valioso —apuntó Jackie—. Sea lo que sea, no pararé hasta llegar al final de la caverna.

Lewis sufrió un estremecimiento.

—Tú ganas, muchacho. ¡Pero que el cielo nos valga!

—Anda, dale un metido a la botella. Es lo único que te mantiene en forma.

Lewis obedeció de inmediato. Paladeó con fuerza y agregó:

—Si no fuera por esta medicina, habría salido ya de aquí por piernas.

—Espero que, con un par de días, podremos despejar las emanaciones de ácido carbónico. Los papeles químicos están indicados para casos semejantes en bodegas, pozos de agua y sótanos.

Los ojillos de Lewis brillaron con expresión pensativa.

—Sólo un par de días —murmuró—. ¡Y podríamos saber lo que hay en la caverna!

—Sí, tío.

—Desde hace dos años ando loco de ganas de meterme ahí dentro. Es algo obsesionante. A veces no me deja dormir. No puedes hacerte cargo de cómo me come la curiosidad.

—Me he contagiado también. Recuérdalo.

—Si no hubiera sido porque recurrí a ti, actualmente ya no tendría esperanza de lograr mi sueño. He probado con cien mil cosas para hacer el aire de ahí dentro respirable. Todas mis habilidades no han servido para un diablo.

Jackie encogió de hombros.

—Bueno, tío. Ya hemos pegado bastante la hebra. Ahora tengo que dirigirme al pueblo a por unos pocos productos químicos para impregnar más papel.

—Manos a la obra, Jackie —dijo el viejo, y se sacudió los pantalones.

Los dos hombres se alejaron de la boca de la Caverna Inclinada.

A pocas yardas de ellos, el tipo de la pata de palo llamado Dennis emergió detrás de una roca.

Apuntó a la espalda de Jackie con el revólver y curvó el dedo sobre el gatillo.

La mano del regordete Batsy salió por detrás de otra piedra y le desvió el arma.

—¿Es que te has vuelto loco, Dennis?

El individuo cojo hizo una mueca, forcejeó, pero finalmente desistió de utilizar el «Colt».

—Lo hubiera podido ultimar en un abrir y cerrar de ojos.

Batsy escupió una maldición.

—Seguro que el tipo se habría dado la vuelta en el último instante y te habría mandado un plomo. ¿No sabes que esa clase de fulanos tienen una ventana misteriosa en el cogote, por donde vigilan sus espaldas? Es como un instinto. Te habría matado.

Hubo un silencio.

Batsy volvió a decir:

—Este fulano nos está volviendo los planes del revés. Esperábamos que los hombres de Tann dieran cuenta del viejo para simplificar la situación y, mira por dónde, resulta que un pariente del viejo se los carga.

—La cosa se complica —gruñó Dennis, y aplastó un negro escarabajo con el taco de la pata de palo.

Los negros ojillos de Batsy chispearon.

—Será cosa de que nos demos prisa.

—Ajá.

—Visitaremos al personaje que mueve toda esta tramoya de pistoleros para exprimirlo como un limón.

—Ajá.

—¡Deja de decir ajá! —Gruñó Batsy—. Y deja también quieto el «Colt». Ya te diré cuándo tienes que utilizarlo. —Después de un breve silencio, agregó—: No van a faltar ocasiones.

—Ajá.

CAPÍTULO IV

Jack Baker se incorporó en el pescante en el momento en que tío Lewis tiraba de las riendas del tronco de caballos, acompañado el movimiento con una larga imprecación.

Por fin el carromato se detuvo ante el almacén de drogas y Jack se dispuso a bajar.

En aquel momento zumbó por el aire una larga cuerda y Jackie se volvió con presteza.

Justo entonces el lazo de cuerda entró por sus hombros y cabeza y se le ajustó fuertemente a la altura del pecho.

Al mismo tiempo, un violento tirón lo derribó del vehículo.

Una carcajada femenina rasgó el aire mientras Jackie daba con sus huesos en el suelo y quedaba envuelto en una espesa nube de polvo.

Jackie soltó una sarta de denuestos entre dientes en tanto que trataba de ponerse en pie rápidamente, mas en el acto otro violento tirón de cuerda lo hizo trastabillar y venirse al suelo cuan largo era.

Desde allí levantó la cabeza y observó a la mujer que manejaba el lazo desde un fogoso caballo.

Era morena, de unos veinte años. Se cubría con una holgada vestimenta de hombre compuesta de camisa y pantalones, pero no podían disimular sus estupendas curvas, justo en los puntos adecuados del cuerpo. Tenía el rostro arrebolado por el esfuerzo; su piel estaba ligeramente tostada y, a través de los entreabiertos labios mostraba unos dientes pequeños y bien alineados.

Los dos individuos que la acompañaban a pie miraron con asombro la destreza de la muchacha. El más grueso exclamó:

—¡Cuernos, Fran! ¡Has logrado cazarlo a la primera!

—Cuando se trata de individuos como éste procuro no fallar —

replicó ella, y cobró cuerda para acercarse al caído.

Jackie se incorporó de un salto y escupió una pasta, mezcla de saliva y polvo.

—¿Es así como cazan marido las chicas de Star City? —dijo, irritado.

La muchacha llamada Fran apretó los labios y dio un par de tirones para volver a derribar al forastero.

—Conque todavía tiene ganas de broma, ¿eh?

Jackie trató de desembarazarse de la cuerda, pero tenía los brazos trabados. Escupió de nuevo hacia un lado.

—Bien. Ahora dígame dónde está el final del chiste. Tengo ya ganas de reírme.

—¡Usted no va a reírse más! ¡Y menos de nosotros!

—¡Qué le ha dado!, ¿encanto? —Jackie empezó a perder los estribos.

Ella se volvió hacia uno de los dos sujetos que la acompañaban. Precisamente a uno que Jackie conocía de vista.

—Repítele a Polvitos lo que te dijo el otro día para tratar el pulgón de las coles, Curt.

El tipo fornido llamado Curt se aclaró la garganta y se dirigió a Jack. Gruñó:

—Usted me dijo apenas llegó al pueblo que era químico de profesión.

Jack hizo una mueca.

—Lo recuerdo perfectamente. Usted me pidió entonces un remedio para el pulgón de la col.

Curt torció la cara en una mueca.

—Se lo comuniqué a la señorita, compramos la receta que usted nos dio y hemos rociado las coles con los polvos blancos.

Fran intervino sin poder contener la indignación.

—¡Y apenas rociamos las coles con los malditos polvos que nos aconsejó, se torcieron por el cuello y quedaron negras como el carbón!

Jackie juntó las cejas.

—Sí que es raro —dijo.

Fran sonrió sesgadamente.

—Le parece raro, ¿eh? ¡Pues más raro le va a parecer todo, cuando los chicos le sienten la mano encima!

Jack tensó los brazos para desembarazarse del lazo.

—Ya hay suficientes violencias, encanto.

Fran se volvió hacia los dos empleados.

—¡Soltadle unas cuantas buenas! ¡Así aprenderá a no tomar el pelo a nadie!

Los transeúntes se habían detenido en las aceras, contemplando, divertidos la escena que se ofrecía a sus ojos en medio de la calzada.

Curt emitió un gruñido de bestia presta al combate, arqueó los brazos y dijo a su compañero:

—A por él, Don.

El aludido era un sujeto de aspecto bronco, cejas peludas como pinceles y ojos pequeños y juntos que brillaban con malignidad.

Produjo un sonido y avanzó en compañía de Curt hacia Jackie.

—Estoy indefenso, muchachos —dijo éste.

Los dos tipos se miraron y sonrieron.

—Así será más divertido.

Fran frunció el entrecejo, mostrando su disconformidad ante el giro que tomaban las cosas. Pero era evidente que sus dos empleados, la pareja más fuerte del equipo, eran incontrolables cuando habían olido sangre.

Lewis soltó una maldición desde lo alto del pescante.

—¡Soltadlo, puercos! ¡Estoy seguro de que el chico se defenderá con las manos libres!

Don alzó la pequeña cabeza, que debía contener un cerebro todavía más pequeño.

—Si alargo una zarpa, abuelo, vas a tragar dos libras de polvo —dijo, con una voz ronca.

Los dos tipos se plantaron delante de Jackie.

Fran empezó a lamentar aquello y se mordió los labios. Pero el extremo de la cuerda había sido tomado por Curt, quien no la aflojó ni un pelo. Jackie inspiró aire con fuerza. La cuerda le mordió la carne.

De repente, sonó un chasquido y la soga saltó rota por los aires.

Lewis se sumó al respingo de sorpresa general y luego agregó una carcajada carrasposa.

—¡Eres grande, muchacho! —exclamó—. ¡Has sacado los músculos de mi primo Doug Cascanueces!

Se interrumpió al entrar bruscamente en contacto los tres contendientes.

Curt tiró un derechazo al joven, quien no tuvo tiempo de montar una guardia efectiva, y el impacto lo rechazó hacia atrás. Dio varias vueltas por el suelo, se detuvo, sacudió la cabeza sentado y de súbito se puso en pie de un salto.

Para entonces ya se le venía encima el fornido Don con los puños en ristre.

Jackie renunció a parar la embestida consciente de que era más sencillo contener una locomotora disparada.

Optó por hacerse a un lado.

Cuando Don pasó junto a él resoplando y con los ojos cerrados, le soltó un mazazo murmurando una oración.

Fue escuchado con toda seguridad, porque tras el estallido de su puño, Don cobró una velocidad endiablada.

El fornido sujeto cruzó la calle como un obús y antes de llegar a la acera perdió el suelo. Saltó el obstáculo limpiamente y entró de cabeza en la tienda de pinturas.

Todos los congregados en la calle oyeron el ruido impresionante de botes y los alaridos de Ricky, el dueño del establecimiento.

El viejo Lewis se retorcía de risa en el pescante.

—¡Infiernos, muchacho! ¡A ese animal le hacía falta una buena mano de pintura!

Curt profirió un juramento.

—¡Te voy a deshuesar como a un pavo, bastardo!

Jackie tuvo tiempo de mirar el reloj.

—Dese prisa, mastodonte. Acabo mi sesión de gimnasia dentro de cinco minutos.

Curt lanzó un aullido de rabia y acometió con ambos puños como mazas al forastero.

Éste detuvo como pudo el aluvión de golpes y estuvo en un tris que la izquierda intermitente de Curt le abriera un corte en la ceja. Admiró en cierto modo la técnica de Curt, pero se desilusionó cuando el hombrón intentó meterle un dedo en el ojo para hacérselo estallar.

Entonces, Jackie perdió la paciencia. Buscó pacientemente un hueco en la guardia de Curt al precio de dos puñetazos cortos en el mentón, pero lo encontró y hundió allí la zurda en un impacto

breve y sorprendente.

Curt sufrió un ligero retortijón de tripas y detuvo el martilleo.

Jackie cruzó los dedos para invocar la suerte y en el mismo segundo lanzó la derecha al azar.

Acertó.

El trallazo despidió a Curt a través de la calle.

Pasó por delante del carromato de los Baker y entró en la corsetería, justo por el pequeño escaparate.

Se produjo un gran estrépito y Curt desapareció en el interior de la tienda.

Lewis se desternillaba de risa y empezó a revolcarse por el pescante.

—¡Mi abuela! ¡Cualquiera diría que los dos van de compras!

Los espectadores soltaron una carcajada unánime.

Fran tenía los labios apretados y sus grandes y hermosos ojos negros parecían despedir llamas.

Jackie esperó unos instantes a los dos luchadores y al ver que no salían de los respectivos establecimientos dio la vuelta y se dirigió hacia la hermosa mujer.

—No era mi gusto armar este estropicio.

—¡Quítese de mi vista! —gritó Fran, encolerizada.

—¿Le duele, eh? Usted ha sido la patrocinadora de la pelea. Espero que esté satisfecha.

Ella le enseño los dientes, apretados de rabia.

—Ha tenido mucha suerte, polvos mágicos —dijo—. ¡Pero no crea que estamos en paz!

Jackie ladeó la cabeza y se acercó a la amazona.

—Le recomiendo que mantenga sujeta a su jauría —dijo, y por dentro notó el impulso que le hizo agregar—: La próxima vez que me lance y salga con bien, es posible que una «niña-caprichos» se lleve un buen pescozón.

—¡Repita eso! —Ella se retorció de rabia en la silla.

Jackie suspiró roncamente a causa del polvo adherido en la garganta.

—Lo único que voy a repetirle es lo mismo que le dije a la lumbrera de su empleado. Le advertí varias veces que el insecticida contra el pulgón había de mezclarlo con la tierra de alrededor de las coles. El tipo fue tan clarividente que hizo lo que me temía. Largó la

pasta por encima de las verduras. Ahí tiene la explicación de todo, muñeca. Nos habríamos evitado este desaguisado si me hubiesen dejado hablar.

Fran tragó aire violentamente, pero antes de que pudiera replicar, Jackie se dio media vuelta y acudió al carromato donde el viejo Lewis se enjugaba las lágrimas, todavía presa de hilaridad.

—Encarga las cosas de la lista en el almacén, tío Lewis —dijo—. Entretanto, voy al bar a despejarme la garganta.

El joven continuó el camino en medio de la expectación general.

Se detuvo ante los batientes cuando los transeúntes dirigían las miradas hacia dos puntos de la calle en medio de un jolgorio.

El microcéfalo Don salía tambaleante del almacén de pinturas.

Tenía los pantalones amarillos, el tronco verde salmón y la cara azul celeste, salpicada de pintas color violeta.

En cuanto a Curt, salió sostenido por la dueña de la corsetería, mientras trataba de sacarle del cuerpo, donde se había incrustado, un hermoso corsé valorado en cincuenta dólares.

Lewis sufrió tal acceso de risa que se cayó del pescante.

CAPÍTULO V

Apenas calmado el alboroto de la gente detenida en la calle, Jackie se fijó en dos individuos bien trajeados que se acercaron a la bella Fran, quien en aquel momento se disponía a espolear el caballo.

—¡Un momento, señorita! —dijo el más alto de los dos.

Fran los observó un instante mientras los dos hombres se despojaban de los sombreros a un tiempo, con una galante reverencia.

—¿Qué quieren ustedes? —rezongó la chica que no estaba de buen humor.

El tipo alto que llevaba la voz cantante sonrió al tiempo que su compañero dijo:

—Somos dos caballeros del Sur. Permítanos que nos presentemos. Mi amigo es Belden Cornelius y yo, su humilde servidor, Dave Vanderbilt.

Los dos sujetos acapararon la atención de los vecinos de Star City.

Belden Cornelius hizo otra reverencia.

—Hemos visto lo que ese desarrapado ha hecho con sus empleados y tal cosa no podemos dejarla pasar estando aquí presentes.

Jackie frunció el entrecejo sin acabar de empujar los batientes.

Fran ladeó la cabeza observando alternativamente a la pareja de forasteros.

—Oigan ustedes. No estoy para tomaduras de pelo. ¿Qué se llevan entre manos?

Cornelius y Vanderbilt se inclinaron respetuosamente.

El primero carraspeó.

—Arrojaremos nuestro guante en la cara del villano —dijo.

Fran hizo una mueca.
—Oiga, póngame eso en cristiano y repítalo otra vez.
Belden Cornelius sonrió comprensivamente.
—Encantadora señorita —explicó pomposo—. Queremos decir que haremos uso de las armas contra ese desvergonzado. Un duelo.
Fran los miró con la boca entreabierta y de pronto escupió.
—¡Váyanse todos al diablo! —dijo. Y espoleó la montura.
Belden y Dave reverenciaron otra vez a la joven y enfilaron hacia Jackie lentamente, con los cuellos erguidos.
Fran se detuvo en la segunda esquina para ver en qué paraba todo aquello.
Los dos forasteros se detuvieron a pocas yardas de Jackie.
—¡Defiéndase, plebeyo! —exclamó Cornelius.
Jackie torció el gesto cansadamente.
—Oigan, pimpollos. Acabo de recibir unos cuantos golpes. No estoy para payasadas.
Los dos sujetos lo observaron con fijeza.
—Le vamos a hacer tragar eso, villano —dijo Belden.
Jackie los contempló unos segundos y su cerebro funcionó rápidamente. Cayó en la cuenta a qué se debía aquella mascarada. Los dos sujetos estaban pagados por alguien para balearle después de una sesión de teatro.
—Les advierto que no soy manco —dijo, sin el menor rastro de humor.
Belden y Dave se codearon y sonrieron.
Belden Cornelius sacó un pañuelo perfumado y se lo pasó por la nariz.
—La señal para tan solemne duelo la dará usted mismo, a falta de padrinos —dijo—. Apriete simplemente con fuerza los batientes. Ellos oscilarán. Cuando se detengan, trate de morir como un caballero del Sur.
—Yo soy de Providence —Jackie apretó los labios.
Acto seguido, proyectó los batientes hacia dentro con fuerza.
Las dos puertas oscilaron sobre los muelles en los dos sentidos.
Pasaron unos cuantos segundos de verdadera angustia que fueron acusados por el público que presenciaba la escena sin resuello.
Los batientes se detuvieron.

Jackie hizo un movimiento con la diestra, pero cuando apretaba el gatillo, dudó de salir entero.

Los dos sujetos ya tenían las armas en la mano y de ellas salían estampidos ensordecedores.

Los batientes se abrieron hacia adentro al volcarse Jackie sobre ellos.

El joven se vio dentro del establecimiento, de espaldas al suelo, todavía con el revólver funcionando.

Los batientes, al recobrar su posición de descanso, le impidieron ver la calle.

Por debajo de ellos entró una espesa nube de polvo y humo.

Los clientes del establecimiento se pusieron en pie de un salto al escuchar los estruendos.

Pasó un largo rato en el que todos parecieron petrificados.

Jackie dejó humear el «Colt» en la mano.

De repente se oyó fuera un grito.

Los batientes se abrieron con ímpetu y apareció tío Lewis en el hueco.

—¡Muchacho! —gritó a pleno pulmón—. ¡Te los has cargado a los dos!

Jackie se incorporó.

—No es mala noticia —resolló.

—¡Están tirados en la calle como dos muñecos de trapo!

Jackie se sacudió las ropas. Después de enfundar el «Colt».

—Por poco no lo cuento. Eran tan buenos tiradores como payasos.

—¡Eran dos pistoleros profesionales, Jackie! ¡Infiernos, muchacho, y yo que creí que sólo eras un químico en Mineralogía!

El joven salió a la calle.

Todavía alcanzó a ver a Fran dos esquinas más allá.

La joven estaba muy pálida.

Jackie pudo darse cuenta, a pesar de la distancia que los separaba, que ella inclinaba el busto en un suspiro de alivio al verlo vivo.

Pero la joven se dio cuenta de que era observada y después de apretar los labios con firmeza, obligó a la montura a salir disparada hacia el fondo de la calle.

Jackie no pudo menos de sonreír.

—¿Quién es la chica, tío?

Lewis reaccionaba en aquel momento.

—¡Canastos, muchacho! ¡Acabas de nacer y sólo te preocupa quién es la muchacha!

—Es hermosa —dijo Jackie, pensando en voz alta.

Lewis escupió por un colmillo y retornó al establecimiento seguido de su sobrino.

—Es la hija del Viejo Kest Bryan. Fran es buena chica, pero tiene un carácter endiablado.

—La culpa de todo la tuvieron esa pareja de gorilas. Curt y Don.

Lewis torció la boca.

—Conque ya la defiendes, ¿eh? Pues bien. ¡Estaba claro que ella los azuzó! Lo malo es que estos dos pistoleros aprovecharon el desaguisado para plantearte el duelo. Podían haberte liquidado después de la excitación en la lucha.

En aquel mismo momento entró un individuo gordo, sonriente, con una estrella de *sheriff* prendida en el chaleco de enormes dimensiones.

Traía en la mano un fajo de billetes.

—¡Quiero conocer al héroe! —gritó alborozado.

Lewis se volvió hacia él.

—¡Hola, Geiger! ¡Éste es mi sobrino! ¿Qué te parece?

El gordo *sheriff* tosió con fuerza y se dirigió al joven.

—Señor Baker —dijo con autoridad—. Tengo el gusto de entregarle esta cantidad. Son quinientos dólares que estaban depositados para el que eliminara a la pareja Belden Cornelius y Dave Vanderbilt. Tenían las cabezas puestas a precio. Eran conocidos por Los Revólveres Aristocráticos.

Jack miró el dinero.

—No me hace falta, *sheriff*. Apuesto a que usted puede colocarlos en alguna obra de beneficencia.

El *sheriff* Geiger Spanner lo observó con admiración.

—¡Usted es grande, señor Baker! —exclamó radiante.

El viejo Lewis rió forzadamente. Alargó una mano hacia el dinero.

—¡Yo sé de varios casos de necesidad! —dijo.

Geiger le hizo una mueca.

—Quita la zarpa, viejo. Te conozco de sobra. ¡Oh, usted

perdone, joven! Pero sé que su tío no tardaría en proveerse de *whisky*.

—¡No puedes hablar así, Geiger! —protestó Lewis.

El *sheriff* sonrió a Jackie.

—Podemos depositar el dinero en una estupenda obra.

—¿Cuál, *sheriff*?

Geiger carraspeó.

—Me refiero al Asilo de Animales.

—¿Alguna sociedad festiva? —dijo.

Geiger lanzó la carcajada, pero se reportó.

—Verá, joven —dijo completamente emocionado—. Se trata de una obra que dignifica a ciertos personajes de Star City. Se dedican a recoger animales perdidos. Gatos, perros, caballos viejos que arrebatan al matadero. ¡Incluso un puma manso que encontraron una vez! Es conmovedor. El presidente del Asilo de Animales es nuestro sobresaliente y ejemplar ciudadano el señor Landrover.

—No le conozco —dijo Jackie.

Geiger sonrió ampliamente y se palmeó el abdomen prominente.

—Bart Landrover. ¡Oh, qué caballero! Ya tendrá ocasión de conocerlo y podrá admirarlo. ¡Un gran hombre! El más rico propietario de estos contornos. El señor Landrover es el orgullo de Star City. Cuando sepa que usted ha hecho este donativo para su emotiva sociedad, le estrechará entre sus brazos.

Los tres hombres salieron a la calle.

Geiger estrechó la mano de Jackie por última vez.

—Hasta luego, señor Baker —sonrió—. Ya le daré noticia de la acogida que ha tenido su magnánimo donativo.

Lewis lanzó un eructo.

—¡Quinientos pavos! —dijo entre dientes.

Geiger lo miró con reconvención.

—Apuesto a que eres la vergüenza de la familia, Lewis. Tu sobrino es de otra pasta.

El viejo abrió la boca para protestar, pero Jackie lo acompañó nuevamente al interior del bar para remojar el gaznate.

En aquel mismo instante, después de quedar solitaria la acera, por la esquina se asomaron las cabezas de Batsy Groschen y el cojo Dennis.

El regordete Batsy soltó una imprecación.

—¿Cómo es posible que un tipo como Jack se gane así las simpatías de todos?

Dennis adelantó la pata de palo.

—Debiste dejarme que me lo cargara cuando estábamos cerca de la caverna —gruñó.

—¿Estás loco? ¡Si lleva cinco muertos en la cuenta!

—Yo lo acabaría en el acto —aseguró Dennis.

—¡Calla, fanfarrón!

Dennis escupió de lado.

—Ese Jack Baker nos va a estropear la fiesta como no le paremos los pies.

El rechoncho Batsy se volvió hacia su compañero.

—Tú vas a hacer lo que yo te diga. Y lo que te digo es que ahora mismo nos vamos a ver al capitoste. A Bart Landrover.

CAPÍTULO VI

Bart Landrover, de cuarenta años, rubio, de ojos verdosos y fuerte constitución, mantuvo con firmeza entre las manos la flexible caña de pescar, mientras observaba las primeras contracciones del hilo y el corcho que se hundía en el agua.

Entonces, tiró diestramente hacia afuera y en el extremo del hiló apareció un pececillo que coleteó al ser izado por el aire.

Landrover sonrió pacíficamente alargó la mano y tomó el pececillo con delicadeza. Lo desenganchó con cuidado del anzuelo y, después de libertarlo, le dedicó una sonrisa y lo lanzó al remanso.

El pez desapareció nadando alegremente a flor de agua.

Bart sonrió suspirando muy adentro.

Un individuo delgado, con cara ratonil, se le acercó mostrando dos dientes sobre el labio inferior.

—Jefe, ¡qué bueno es usted con los animales!

Bart Landrover dejó perdurar la sonrisa en los labios.

—Son seres indefensos, Tim.

El que atendía por Tim se acercó un poco más.

—Usted es un pedazo de pan, jefe. La gente del pueblo no dice otra cosa.

—Soy presidente de una obra benéfica. Asilo de Animales. Recuérdalo.

—Sí, jefe.

—Eso siempre predispone a la gente en favor de uno, Tim.

El sujeto con cara de roedor sonrió irónicamente.

—¿Qué le parece si le echamos comida a esos pececillos, jefe? Parece que tienen hambre. Ése mordió el anzuelo en seguida.

Las pupilas verdes de Landrover perdieron el brillo y se tornaron dos perdigones opacos.

—Ahora les daremos de comer —dijo significativamente—. ¿Has atado la piedra al cuello del tipo?

Tim se frotó las manos.

—Ujú, patrón. Tengo al individuo acostado detrás de esa roca. Está bien atado y la piedra que lleva al cuello pesará cincuenta libras. Apuesto a que no tarda en hundirse en el agua.

Bart gruño de satisfacción.

—Mis pobres pececillos del río tendrán un buen festín. Ese tipo parece tener mucha grasa.

Bart y Tim rieron a dúo.

El ratonil empleado de Landrover se rascó una de las chupadas mejillas.

—Este gordito era simpático, patrón —dijo—. El más simpático de los nuestros.

—Sí —gruño Bart—. Lástima que le entraran ganas también de mirar en la caverna.

—Todo es por culpa de ese viejo Lewis. Está despertando la curiosidad de la gente. Incluso de nuestros hombres.

El rostro de Bart se endureció.

—Tráelo a rastras —dijo—. Luego le cuentas a los chicos lo que le ha pasado a Ruf por meter las narices donde no le incumbía.

Tim asintió. Fue hacia una rocas y reapareció tirando de un cuerpo humano.

El individuo atado profirió unos raros sonidos a través de la mordaza.

Al ver que lo llevaban hacia la orilla del río, los ojos se le salieron de las órbitas.

Tim rió.

—¡Cuántas cosas diría si pudiese hablar, jefe!

Bart dedicó una mirada al empleado que había intentado imitar a Lewis.

—Lo siento, Ruf —dijo—. Tim y yo lo sentimos porque eras un buen chico…

El amordazado gimió con los ojos dilatados.

Bart sacudió la cabeza.

—Ya sé que estás arrepentido, Ruf. Pero mi ley es la ley.

Tim observó admirativamente a su jefe.

—Patrón, esa frase siempre le sale redonda.

Bart sonrió.
—Anda, tíralo de una vez.
Tim asintió de una cabezada.
—¡Vamos, Ruf! —rió arrastrando a la víctima al borde de la orilla—. ¡No está mal morir de un baño a la hora de más calor!
La víctima cayó dentro del agua con un estrepitoso chapoteo y desapareció bajo la superficie en cosa de segundos.
Bart se quedó mirando pensativamente las burbujas que aparecían por encima del agua.
—Un curioso menos, Tim.
El tipejo rió agudamente.
—¡Sólo falta que Dave y Belden, Los Revólveres Aristocráticos se hayan cargado al chico de los papelitos!
—No las tengo todas conmigo, Tim.
—¡Jefe, si son estupendos! ¡No son tan palurdos como Mike y compañía! Ésos fallaron porque eran del montón.
En aquel momento apareció Eddie Tann, el capataz de Landrover.
La hosquedad del rostro delató inmediatamente a Bart que las cosas no marchaban bien.
—Hola, jefe —gruñó.
Bart se le acercó.
—¿Qué hay de nuevo, muchacho?
Tann dobló los dedos significativamente.
El presidente del Asilo de Animales levantó las cejas.
—¿Se ha cargado a los dos pistoleros aristócratas?
—Mató a esa pareja de payasos como a dos pulgas con la uña.
Bart apretó las mandíbulas y los poderosos músculos de los carrillos se le destacaron bajo la piel.
—¡Condenación! ¿Es que no vamos a poder acabar con ese maldito tipo de los papelitos?
—Si sabe tanto de Química como de «Colt», ya va bien la Ciencia —gruñó Tann.
Los ojos de Bart se inyectaron de sangre.
—¡Almas condenadas! —rugió—. ¡Alquila a todos los forajidos que encuentres disponibles! ¡No importa que nos gastemos todo el dinero con tal de que el sobrino de Lewis muera hoy mismo!
—No me duermo, jefe —replicó el capataz—. Ya tengo otras

perspectivas.

—¡No me vengas con paños calientes, Eddie!

El capataz asintió.

—Le repito que no lo dejaré vivo. Tengo tratos con el mejor tirador de Nuevo México. Le he dado un anticipo.

—¿Quién es?

—Phil Shelley.

Bart abrió los ojos.

—¿La Momia?

—Sí, jefe. Phil Shelley la Momia —confirmó el capataz—. No dirá que no me muevo aprisa. Ese pistolero tiene una fulana que se llama Coralito. La viene a visitar todos los meses. Ella trabaja en el hotel del pueblo…

Bart iluminó poco a poco el rostro con una sonrisa de blancos dientes.

—Ya le podemos decir adiós a Papelitos —dijo.

De pronto oyeron reír a sus espaldas.

Bart y sus dos hombres se volvieron hacia el río y vieron emerger de dentro de un bote las cabezas de dos desconocidos.

—¿Quiénes son ustedes? —dijo Bart—. ¡Esta parte del río es propiedad particular!

Los dos recién llegados saltaron a tierra.

Empuñaban sendos revólveres.

Bart lanzó un respingo ante la vista de los intrusos. Uno era regordete y otro era cojo, armado de una pata de palo.

—Me llamo Batsy Groschen —dijo el regordete y después señaló al de la pata de palo—. Éste es mi socio Dennis Lee.

Bart se dijo que habría tenido tiempo de sobra para balearlos a los dos a pesar de la artillería que empuñaban, pero la curiosidad pudo más que su indignación.

—¿Qué les duele, amigos?

Batsy y el cojo se aproximaron sin dejar de apuntarles con las armas.

—Queremos hablar de negocios con usted, señor Landrover.

Bart apoyó la bota en la piedra que tenía al lado.

—Tengo ya bien surtida la despensa, amigos, No necesito embutido.

El regordete sonrió.

—Nosotros no vendemos embutido, señor Landrover.

Bart apretó los labios.

—Escupan de una vez. ¿Qué se traen entre manos?

—Queremos contarle primero su propia vida, Landrover.

Bart alzó las cejas.

—¿Mi propia…? ¿Es que quieren ganarse un plomo por barba, amigos?

—Serénese, Landrover —aconsejó Batsy—. Y tome asiento en esa piedra.

Bart lo hizo distraídamente.

—Estoy sobre ascuas, pareja. —Miró a Tann que se movía con impaciencia y dijo para calmarlo—: Todavía no, muchacho.

Batsy volvió a sonreír, lo cual era un feo espectáculo, pues tenía los cuatro incisivos podridos por la carié.

—Usted se dejó caer por estos parajes hace cosa de dos años —empezó.

—Usted se morirá pronto por ser tan listo —gruñó Bart.

Batsy chascó la lengua.

—Deje que se lo cuente todo. Le refrescará la memoria.

—Adelante.

—Bien, Landrover. Cuando llegó aquí no tenía un cochino centavo, a pesar de que había dirigido una banda de asaltantes que se llamaba Los rubios del Gatillo.

Bart lo apuntó con un dedo.

—Anótese a cuenta un balazo en plena boca, Groschen. Es lo que le daré por haber hurgado en mi vida.

—Afloje los nervios, Landrover. Este «Colt» que le encañona representa el mango de la sartén. —Batsy carraspeó con fuerza y agregó en otro tono—: Usted sabía que su hermano tenía aquí estas vastas propiedades. Él y usted nunca se llevaron bien. Pero en cuanto se quedó con los bolsillos vueltos del revés, pensó en rehacer su vida.

—Cosa que no podrán hacer ustedes —indicó Bart, mostrando un perfecto control sobre sus nervios—. El plomo lo impedirá.

Batsy sacudió la cabeza y un rizo le cayó sobre la frente despejada.

—No sea tonto, Landrover. Lo sabemos todo. Usted logró de alguna manera hacerse el manso con su hermano y consiguió

reconciliarse. ¿Qué pasó luego? Yo se lo diré, Landrover. Cuando usted se gano las simpatías de los habitantes de Star City con el Asilo de Animales y otras monsergas por el estilo, puso el plan en marcha.

Bart sonrió alentador.

—Continúe, hijo. Le queda ya poco que hablar en este mundo.

—Deseche esa idea. Usted y nosotros vamos a ser como carne y uña.

Tann, el capataz, estalló sin poderse contener.

—¡Deje que los liquide, jefe! —rugió—. ¡Les doy la ventaja de que ya tienen el revólver fuera!

El cojo abrió por primera vez la boca.

—Oye, Batsy. Este tipo quiero que sea el que se encargue de limpiarme los zapatos todos los días. Lo he fichado.

—Al grano —dijo Batsy y continuó mirando a Bart—. Usted pasó a ser el personaje popular. Su hermano era tosco en carácter y usted lo eclipso ante los vecinos del pueblo. Entonces puso en práctica la combinación.

—¿Cuál, tipo listo?

Batsy rió.

—Su hermano Mattey Landrover hizo las maletas para un largo viaje de negocios. Tenía en proyecto ir a las grandes ciudades para adquirir algunas cosillas con los ahorros. Entonces, Mattey tardó más tiempo de la cuenta en aparecer y usted explicó que por obra del amor había encontrado una estupenda mujer en San Luis y que se había casado con ella poniéndose al frente de unas extensas plantaciones de algodón. La sociedad de los dos hermanos había prosperado. Él allá y usted aquí.

—¿Qué es lo que quieren, amigos? —Bart respiró con fuerza y añadió—: La suerte es caprichosa.

Batsy y el cojo rieron aunque no se miraban.

Batsy agregó:

—Usted sabe muy bien, amigo Landrover, que todo ese viaje de su hermano Mattey es mentira.

—¿De veras?

Batsy sacudió pesarosamente la testa coronada de rizos.

—Su hermano no se movió nunca de estos parajes, ni se casó con nadie.

—Dígalo de una vez, moribundo —resolló Bart.

—Se lo diré, para acabar la historia. Su hermano Mattey está muerto en el fondo de la Caverna Inclinada. Lo liquidó usted.

CAPÍTULO VII

La tarde había declinado y proyectaba extrañas sombras en el pueblo.

El anciano Lewis Baker se apoyó en los batientes del local de bebidas y rogó implorante con voz pastosa:

—¡Sólo otro trago, Jackie! ¡Tengo que abastecer para toda la semana!

Jackie hizo una mueca y lo dejó libre.

—Me habría gustado trabajar un poco esta tarde en la Caverna, tío. Tengo ya suficientes productos para impregnar papeles.

Lewis guiñó un ojo y trastabilló a punto de caerse, a causa del alcohol ingerido.

—La gente se ha dado prisa en entrar aquí. Apuesto a que baila y canta la rubia contratada por Hugues. Eso nos inspirará, muchacho.

Cuando entraron en el local, el espectáculo no había comenzado.

Los clientes abarrotaron el establecimiento, pero prestaban profunda atención a un sujeto alto, de aspecto imponente que se hallaba en el centro del local.

Jackie recibió las miradas de todos al dejarse ver por entre el público.

El tipo del centro del local hizo una mueca de satisfacción y reanudó el discurso que estaba endilgando a los parroquianos.

—¡Caballeros, se acerca el momento de que les haga la demostración de mis maravillosos métodos! ¡Acaba de llegar el hombre que me servirá para la experiencia!

Jackie frunció el entrecejo al darse por aludido y sentirse el centro de las miradas. Olió algo raro en el aire. El viejo Lewis reapareció por entre dos obesos clientes y estaba

sorprendentemente sereno. El terror se había abierto paso a través de las dosis de licor que tenía en el cuerpo.

—¡Muchacho! —susurró lleno de espanto—. ¡Hemos de largarnos ahora mismo! ¡Ese tipo dicen que te esperaba hace rato!

—Eso oigo —dijo Jackie.

—¡Pero es que se trata de Phil Shelley la Momia! ¡Un pistolero considerado como el mejor de Nuevo México!

La voz potente de Phil Shelley restalló a través del local adoptando un tono declamatorio.

—¡Caballeros! ¡Soy conocido de sobra por todos ustedes! Muchos sólo sabrán de mí por el nombre. ¡Phil la Momia!

Hizo una pausa para recalcar sus palabras con el eco.

Luego, agregó, en tono más bajo:

—El tipo que me endilgó ese apodo era un famoso pistolero del Este. Se aprovechó de que me habían vendado a causa de unas quemaduras y quiso dejarme en ridículo ante la gente cuando teníamos planteado un duelo. ¿Saben qué fue de aquel fulano?

Un pelirrojo que se desvivía por destacar en público contestó:

—¡Usted se lo cargó, señor Momia!

Shelley lo miró de modo escalofriante, pero esbozó una sonrisa.

—Sí, señores. Yo lo maté —y añadió—: Con los doscientos dólares que le encontré en el bolsillo mandé que le hicieran una losa en la que reza: «Aquí se pudre el tipo que llamó la Momia al gran Shelley».

Un silencio de varios segundos se extendió por el local.

Shelley sonrió agradablemente impresionado por el respeto general.

—Bien, señores —continuó—. Aquel tipo y otros más han muerto delante de mi revólver. Yo no soy un mago, señores. No tengo pacto con el diablo. ¡Soy un hombre normal y corriente! ¿Lo oyen? No soy sobrenatural. Entonces ustedes se preguntarán: «¿Por qué sale vencedor siempre en los duelos?». ¡Seguro que se lo preguntan!

El pelirrojo intervino de nuevo.

—Sí, señor Momia. Yo no dejo de darle vueltas.

Shelley lo miró con simpatía.

—Hijo —murmuró—. Abre la boca otra vez y te ganas un caramelo para el ardor del estómago.

El pelirrojo despareció entre la masa de clientes al caer desmayado.

Shelley tosió para reclamar la atención.

—Yo les voy a descubrir el misterio de mi buena puntería —continuó—. Cuando esté al alcance de sus manos comprenderán que yo soy de carne y hueso como ustedes. ¡Y algo más! ¡Que cualquiera de ustedes puede anotar una larga lista de fiambres enemigos! ¡Todos pueden cuajar la culata de muescas! ¿Cómo…? ¿Inverosímil? ¡Nada de eso, señores! Durante mis largos viajes, he pensado que sería una lástima que mis métodos de manejar el gatillo se perdieran con mi muerte… Cuando muera de viejo, claro está. Entonces, me decidí. Me dediqué a escribir un libro con todo cuidado. En ese maravilloso libro están descritos mis modos de apretar el gatillo, así como una extensa información de grabados a tintas de tres colores y encuadernado con piel de búfalo. ¡Una joya, señores!

Shelley se inclinó bruscamente sobre la maleta abierta a sus pies y sacó un ejemplar.

—Aquí tienen mi maravillosa obra titulada: ¿Cómo meter balas en el entrecejo en diez días? ¡La obra maestra en el arte de tirar a revólver! He de advertirles que la entenderán perfectamente porque está escrita para ignorantes. ¡Fácil estilo literario! ¿Cómo? ¿Qué es lo que oigo? ¿Que cuánto vale? —Shelley dio la vuelta entera sobre los talones y una mano sobre la oreja, a modo de altavoz—. ¿Mil dólares? ¡No…! ¿Cien? ¡No…! ¿Cincuenta? ¡Tampoco! ¡Échense a reír, caballeros! ¡La genial obra. ¿Cómo meter balas en el entrecejo en diez días?, a precio de risa!…

Agregó con voz potente, por encima de las cabezas de los embobados clientes:

—¡A veinte dólares!… ¡Y les advierto que sólo tengo un par de docenas de tan magnífica obra, que lleva un prólogo de Jesse James! ¿Quién pide por ahí?

Unos cuantos brazos se movieron frenéticamente por encima de los hombros, enseñando billetes.

Los clientes llovieron materialmente encima de Shelley la Momia.

A los pocos minutos, Shelley había vaciado la maleta de libros con un saldo de ochocientos dólares.

Contó los billetes rebosantes de satisfacción y después de introducirlos en el bolsillo del pantalón se dirigió de nuevo al público:

—Ahora, todos los que han tenido la envidiable suerte de pescar libro, hagan el favor de abrirlo por la página veintiocho, donde dice «Ejercicios prácticos».

Los compradores se dieron prisa en hacer lo que decía Shelley.

Éste prosiguió:

—Sigan línea a línea el proceso del duelo que se va a plantear. —Y agregó—: El sujeto de la experiencia es ¡Jack Baker!

Los parroquianos del establecimiento volvieron las cabezas hacia el joven sobrino de Lewis.

El anciano tío dio un traspié al oír el nombre de su sobrino y cayó desmadejado en los brazos de dos fornidos vaqueros.

Entre Phil la Momia y Jackie Baker se abrió un claro al retirarse prudentemente los espectadores.

Jackie ladeó la cabeza observando al sonriente la Momia.

—Tendrá que darme comisión por esta venta, amigo.

Shelley rió de veras.

—¡Es un buen chiste, joven! —exclamó, y a continuación sacudió la cabeza—. Lo malo es que se lo voy a tener que dar a sus herederos.

—¿De veras, Momia?

Shelley hizo una mueca, mortificado por el apodo.

—Usted va a servirme para poner en práctica la lección veintidós: «Agujero limpio en el frontal del enemigo».

—Muy interesante.

Shelley sonrió jactancioso.

—Si hubiera leído mi libro habría tenido ocasión de zafarse del plomo técnico. También doy instrucciones sobre eso al pie de la página. ¿Me siguen, señores?

Varios lectores del libro. ¿Cómo meter una bala en el entrecejo en diez días? Asintieron impresionados.

Shelley carraspeó omnipotente.

—Bien, Jackie Baker. Está claro que me han contratado para que lo liquide. Pero tengo por costumbre aprovecharme de los trabajos para vender mi libro. Eso me ayuda a pagar gastos.

—¿Ha terminado, Momia? —Jackie se aflojó cansadamente.

El pistolero sonrió por un costado de la boca.

—Sí, hijo. Ahí tiene toda la explicación. ¡Atención, señores! ¡Van a comprobar la veracidad de mi método escrito! ¡Mucha atención!

Se hizo un largo silencio.

Entretanto, los dos contendientes se miraron con fijeza.

Shelley dijo por la comisura de la boca:

—Usted. Ese de la camisa a lunares rojos. Haga el favor de leer el final del capítulo. Cuando llegue a las palabras: «y se aprieta el gatillo dulcemente…». ¡Entonces será la señal para disparar! ¿Conforme, Jackie?

El sobrino de Lewis asintió en vista de que no podía soslayar el duelo.

—Adelante. Que lea ese socio.

El tipo de la camisa a lunares tartajeó a causa del nerviosismo, pero apoyó un dedo en la línea que seguía, y comenzó a leer:

—«Se prepara a la víctima bien tiesa con la mirada imponente descrita en la página veintinueve. Cuando está a punto, todos se ponen inquietos ante el ojo del “Colt”, se tira bruscamente del arma y en el mismo quinto de segundo…».

Jackie y Shelley se quedaron rígidos.

El lector prosiguió:

«—Se extrae el arma de su correspondiente funda, se mete el dedo en el guardafuego y…».

Jackie y Shelley apretaron las respectivas culatas.

—«… ¡Se aprieta el gatillo dulcemente!».

Antes de terminar la frase, los revólveres salieron de las fundas y atronaron el recinto, confundiendo las detonaciones.

Se hizo un largo silencio.

Phil Shelley La Momia abrió los ojos de par en par mirando a Jackie.

—¡Puercos sagrados! ¿Cómo lo ha conseguido?

Jackie hizo una mueca de amargura y metió la mano en el bolsillo.

Shelley dejó caer el «Colt» y trastabilló, consiguiendo detener la caída al apoyarse en la esquina del mostrador.

—¡Me ha matado! ¡Un tipo que no conoce la técnica del revólver me ha matado! ¡Es imposible! ¡Imposible…!

—Se equivoca, Shelley —dijo—. Yo había leído también el libro.

Lo compré de segunda mano a un viejo minero por un solo dólar.

Jackie observó la mirada de incredulidad de Shelley y entonces sacó un libro encuadernado en piel de búfalo.

La Momia puso los ojos en blanco y se dejó caer lentamente de cara.

Pegó con fuerza en el suelo y, antes de exhalar el último suspiro, la mano izquierda, que todavía retenía un ejemplar del volumen, estrujó las hojas y las apretó contra la herida que mostraba en el pecho y regaba de sangre el suelo.

Capítulo VIII

Batsy Groschen atacó el muslo de pollo con furia y la salsa le goteó por la comisura de los labios, resbalándole por el mentón y desde allí a la camisa.

Dennis Pata de Palo tomó una copa llena de vino y, al intentar beberla de golpe, derramó la mitad de su contenido sobre el mantel.

Bart Landrover contemplaba a los dos compinches con ojos centelleantes. Infiernos, ¿de qué porqueriza habían salido aquellos cerdos? A cada minuto que pasaba, sentía más deseos de acabar con ellos por su propia mano. Pero debía contenerse. No tenía más remedio que hacerlo. Aquellos hombres conocían su secreto.

Batsy, después de darle la explicación acerca de la Caverna Inclinada, se había ganado una sentencia de muerte para él y su compañero. Pero resultó que el propio Batsy añadió algo de propina. Ellos se habían asegurado todos los naipes del triunfo para evitar que Landrover los pudiese matar. Habían dejado a cierto tipo residente en la ciudad una declaración del crimen que había cometido Landrover en la persona de su hermano Mattey con el especial encargo de que, si al anochecer no regresaban, el individuo en cuestión entregaría la carta al *sheriff*.

Landrover se había negado a creer aquello y así se lo dijo a Batsy. Entonces, éste le dio el nombre del individuo que tenía en su poder la carta. Se llamaba Jill Pleyer.

Después de eso. Landrover se había visto obligado en la orilla del río a preguntarles qué era lo que querían y Batsy respondió:

—Empezaremos por comer. Mi amigo y yo tenemos el estómago hueco. A los postres hablaremos de negocios, señor Landrover.

Y allí estaban ahora revolcándose como dos animales en la bazofia, eructando, metiendo mano simultáneamente a cuatro

platos diferentes…

Landrover estaba pasando un mal rato y se decía que él era un hombre de modales muy finos que no podía ver a tipos como aquéllos deshonrando su techo.

Batsy lo miró soltando una fuerte risotada.

—Se creía muy vivo, ¿eh, Landrover?

Bart no contestó a eso nada, y el otro dijo:

—Dennis y yo le hemos demostrado que somos más inteligentes que usted.

—Lo que todavía no me ha explicado es de qué forma se han podido informar ustedes de todo ello.

Batsy ladeó la cabeza.

—¿Se lo decimos, Dennis?

Pata de Palo observó el trozo de pechuga que tenía en la mano, sin decirse en qué punto debería clavar sus dientes.

—Díselo al pobrecito, Batsy.

—Está bien —Batsy bebió un trago, se limpió la boca con el dorso de la mano y, por último, fijó las pupilas en la cara pétrea de su anfitrión—. Es la mar de sencillo, Landrover. Nosotros vimos cómo se cargaba a su hermano.

—No lo creo.

—Sí, señor. Dennis y yo estábamos escondidos cerca de la Caverna Inclinada cuando usted le soltó un empujón a su hermanito. Aún recuerdo las palabras con que usted lo llevó al lado del agujero: «Ven, Mattey, ven y oirás un dulce eco…».

Batsy lanzó otra carcajada y, como Dennis también sufrió un ataque de hilaridad, justamente cuando tenía la boca llena, se produjo una explosión que manchó gran parte de la mesa.

Landrover saltó instintivamente de la silla desenfundando el revólver.

Batsy y Dennis terminaron de reír a un tiempo.

Durante unos segundos, en la habitación sólo se oyó la respiración entrecortada de Landrover.

Finalmente, Batsy proyectó el mentón hacia adelante.

—¿Qué va hacer, Landrover?

—Debería meterles una bala en la cabeza.

Batsy sonrió.

—Pero no puede hacerlo. Recuerde la carta. Apuesto a que el

sheriff se emociona mucho si Jill se la lleva.

Landrover apretó los dientes con rabia, pero luego hizo girar el revólver en el dedo índice y lo enfundó.

Los dos chantajistas rieron otra vez.

—Me ha dado un gran susto, señor Landrover —dijo Batsy—. Y eso le va a costar más dinero.

—¿Qué quiere decir?

—Dennis yo nos íbamos a contentar con cinco mil dólares.

—Muy bien.

—No me ha dejado terminan señor Landrover. Ése era el precio de antes, pero en vista de que nos ha dado un buen susto, el precio ha sufrido un ligero aumento. Nos dará diez mil dólares.

—¡Ha dicho un ligero aumento! —exclamó Landrover.

—Es la vida, señor Landrover. Todo se encarece.

—Supongan que les doy los diez mil. ¿Qué garantía tengo de que no volverán por más?

—Hemos pensado marcharnos muy lejos de aquí.

—¿Adónde?

—A California.

—No es lo bastante lejos.

—Bueno, por tratarse de usted, quizá nos vayamos a Oregón. También dicen que allí hay posibilidades para un par de nombres que se lleguen por aquellos lugares con un poco de dinero.

Landrover hizo un gesto afirmativo.

—¿Qué me dicen de la carta que tiene Jill Pleyer?

—Se la pediremos antes de que nos larguemos.

—¿Lo han enterado ustedes del asunto?

—En absoluto. Nosotros dos trabajamos solos. A Pleyer le dimos un par de dólares por guardarnos la carta cerrada y por aceptar el encargo…

—Confieso que su plan ha sido bueno.

—Gracias, señor Landrover, pero ¿qué le parece si ahora nos empieza a enseñar el color de su dinero?

—¿Se van a ir tan pronto?

—Desde luego. No queremos que la noche nos pille demasiado cerca de su rancho, señor Landrover. Ya me entiende, a usted le entrarán ganas de cortarnos el pescuezo en cuanto nos hayamos alejado. —Batsy se tocó el cogote—. Y a nosotros el cuello nos hace

mucha falta para seguir viviendo.

Bart forzó una sonrisa.

—No deben tener miedo.

—No es miedo, sino simplemente precaución. A Dennis y a mí nos gusta hacer las cosas bien.

Landrover dio un suspiro.

—Es una lástima, pero ustedes se lo pierden.

Pata de Palo alzó los ojos de la pechuga.

—¿Qué es lo que nos íbamos a perder, Landrover?

—Hace un rato, cuando salí fuera mientras ustedes empezaban a comer, les preparé una fiestecita.

—¿Otra?

—Más carne, señores.

Batsy denegó con la cabeza.

—Ya estamos hartos.

Landrover señaló los restos de pollo mientras decía con voz displicente:

—No me refería a esa clase de aves.

Pata de Palo entornó los ojos.

—Hable claro, Landrover. No estoy para jeroglíficos.

—Envié a un hombre a la ciudad para que se trajese consigo dos mujeres… Dos mexicanas, Lupe y Dolores… Bombones auténticos, sí, señor. Arrogantes, de belleza salvaje… y piel canela…

En la estancia se hizo otro silencio. Batsy y Dennis habían interrumpido hasta el resuello y sus ojos miraron fijos al ranchero. De pronto, Batsy se puso en pie.

—Vamos al negocio, Landrover.

—Está bien —dijo Bart—. Comprendo que les tenga sin cuidado quedarse, aunque sea para pasar un rato maravilloso con esas dos hembras.

Pata de Palo no se había movido de la silla y ahora alargó la mano tocando a su compañero.

—¿Para qué tanta prisa, Batsy?

—Está decidido. Nos marchamos.

—Siempre hemos dicho que haríamos lo que más conviniese.

—Lo que más nos conviene es largarnos cuanto antes.

—Vamos, hombre. ¿Es que no has oído al señor Landrover? Sólo quiere festejarnos para que tengamos un buen recuerdo de él.

Batsy se rascó la barba.

—Ya tendremos tiempo para esa clase de diversiones. Dennis.

—Claro que sí. Siempre he dicho yo lo mismo, que siempre habría tiempo, pero por unas cosas y otras, hemos de estar en la mala racha. Ahora ha cambiado nuestra suerte y debemos aprovecharla.

—Déjate de historias, Dennis. Yo soy el jefe. Recuérdalo.

Dennis dejó caer la pechuga, que rebotó en el suelo.

—¿Jefe de quién?

—De ti.

—No me gusta eso. Debemos hacer las cosas de acuerdo. Es como debe ser. Nunca quedamos en que tú fueses el jefe.

Batsy sacó el revólver como una centella y apuntó a su compañero, quien lo miró con los ojos convertidos en grietas fosforescentes.

—Guarda ese «Colt», Batsy.

—Prométeme que me obedecerás.

—¿Pero por qué no hemos de quedarnos para echar un vistazo a las mexicanas? Sería el complemento del banquete.

—Nos encontraremos con muchas mujeres tan hermosas como ellas en el camino de Oregón y tendremos diez mil dólares. ¿Lo entiendes, Dennis? Lo importante es que nos alejemos de aquí lo más aprisa posible.

Dennis lo pensó durante unos momentos y por último cabeceó.

—Muy bien, Batsy. Nos iremos. Pero conste que eres un aguafiestas.

En aquel momento se oyó un galope.

—¿Qué es eso? —dijo Batsy, todavía con el revólver en la mano.

—Debe ser mi hombre que vuelve con las mexicanas —contestó Landrover.

Pata de Palo se echó a reír.

—Caramba, ¿por qué no les echamos un vistazo…, Batsy?

Batsy titubeó unos segundos.

—Sólo las veremos. Nada más que eso, Landrover.

—A su gusto, amigos. Ustedes son los que mandan. Esperen un momento y las haré entrar.

Landrover salió de la estancia, dejando solos a los dos compinches.

Batsy devolvió el revólver a la funda.

—No sé por qué infiernos hemos prolongado nuestra conversación con este tipo.

—¿Qué pasa con eso? Hemos comido y bebido mejor que en nuestra vida. Y si no fueses tan quisquilloso, nos quedaríamos unas horas más. No puede pasar nada…

—¡Condenación! —exclamó Batsy—. Los negocios son los negocios y uno no debe mezclarlos con las mujeres.

—Estás un poco nervioso.

—Tú también deberías estarlo.

Dennis se echó a reír, golpeando con la palma de la mano su pata de palo.

—Yo soy optimista desde que aquella vieja me leyó el horóscopo. ¿Te acuerdas?… Me dijo que muy pronto me convertiría en dueño de las estrellas…

—Se puede tomar en muchos sentidos.

—Sólo quiso decir que sería un tipo con mucha plata y ya ves como está acertando.

En aquel instante se abrió la puerta y entró Landrover, cerrando tras de sí.

Batsy y Pata de Palo lo miraron atentamente.

—¿Dónde están las dos mexicanas? —preguntó el primero.

—Ahí fuera.

—¿Por qué no las hace entrar?

—He querido prepararles antes, muchachos. Ya les dije que se trataba de dos chicas con mucho empuje.

Pata de Palo empezó a limpiarse la sucia camisa, pero habría necesitado mucha agua y jabón, además de sus manos, para lograrlo.

—Ande, señor Landrover… Dígales que entren ya.

Batsy rompió su seriedad esbozando una sonrisa.

—Corriente, Landrover. Ya que se ha empeñado no tengo ningún inconveniente en que las muchachas jueguen con nosotros un rato.

—Muy bien, caballeros.

Caminó hacia la puerta y la abrió bruscamente.

A la otra parte, en el hueco, aparecieron dos hombres con el revólver en la mano. Eran altos, de fuerte constitución, y caras feas como el diablo.

Batsy y Dennis respingaron.

—¿Qué broma es ésta, señor Landrover? —dijo Batsy.

—No es ninguna broma amigos.

Pata de Palo señaló a los fulanos que mostraban el arma.

—No me irá a decir que son Lupe y Dolores, las dos hembras de que habló antes… Éstos tienen bigote y darían un susto al mismo Satanás.

Landrover sonrió.

—Quiero aclararles una cosa, amigos —hizo una pausa—. Les salió mal el truco.

—¿Qué truco?

—Dijeron que ustedes habían depositado una carta en manos de Jill Pleyer para asegurarse de que saldrían vivos de aquí.

—Es cierto.

—Cuando salí hace un rato no fue para encargar traerles las mexicanas. Mis hombres se han llegado al pueblo para ocuparse de Jill Pleyer.

Las caras de Batsy y Dennis empezaron a tornarse pálidas.

Landrover saboreó el momento y luego agregó:

—Mis chicos se encargaron de Jill Pleyer. Me lo han contado ahí fuera. Le enseñaron las pistolas y le pidieron la carta. Jill no sabía a qué carta se referían. Mis hombres le apretaron los tornillos. ¡Pobre señor Pleyer…! Perdió unos cuantos dientes, pero siguió diciendo que nunca había oído hablar de dos tipos que le entregasen una carta… Finalmente, uno de mis chicos lo baleó en una pierna. Tampoco hubo nada que hacer. Lo remataron entre los dos y el señor Pleyer se fue al otro mundo sin boleto de retorno… ¿Me siguen el rastro, señores?

Ninguno de los dos compinches dio respuesta y Landrover acentuó más su sonrisa.

—Entonces, mis muchachos registraron la casa de Pleyer palmo a palmo y no encontraron absolutamente nada.

Batsy dijo:

—No buscaron lo bastante bien. Nosotros dimos la carta a Pleyer.

—Debe haberla guardado en algún cacharro —sugirió Pata de Palo, con voz un poco temblorosa.

—No, compañeros —dijo Landrover—. Mis hombres no

encontraron la carta porque tal carta no existe. Ustedes han querido atemorizarme para salir bien librados, pero cometieron un error, compañeros. Debieron sacarme el dinero y largarse. Todos los «chupópteros» como ustedes cometen un yerro.

Landrover emitió una risita. Demonios, había valido la pena esperar. Aquél era un buen momento, un hermoso momento, pero lo sería más aún cuando los revólveres crepitasen. Ya faltaba poco.

Dennis empezó a levantarse y el extremo de su pata de palo al resbalar por el suelo, produjo un horrísono sonido.

Batsy apretó los maxilares.

—Muy bien, Landrover. Llegaremos a un nuevo acuerdo con usted.

—¿Sí?

—Dennis y yo nos conformaremos con cien dólares, lo suficiente para llegar hasta California.

—Caramba, han bajado ustedes mucho desde su última oferta.

—Ya le dije antes que los precios suben y bajan.

—Yo le daré ahora mi contestación.

—¿Cuál es, Landrover?

—¡Plomo!

Los revólveres que empuñaban los sicarios saltaron en sus manos entonando un himno de muerte.

Batsy y Pata de Palo habían empezado a desenfundar, pero en ese momento las balas picotearon en su carne y se estremeció mientras se derrumbaban.

Batsy estrelló la frente contra el borde de la mesa, produciéndose una grieta. Pero a él ya no le importaba eso porque para entonces estaba muerto.

Dennis se desplomó sobre sus cuartos traseros y su pata de palo chirrió de nuevo: su extremo puntiagudo fue a clavarse en la pechuga de pollo y la traspasó.

Landrover soltó una carcajada.

—Miradlo, muchachos. Este muerto de hambre se ha querido llevar su bazofia hasta el infierno. —Encontrando gracioso su chiste, rió hasta que las lágrimas brotaron de sus ojos.

Se oyeron pasos precipitados fuera y un hombre se abrió paso por entre los dos asesinos.

—¡Patrón! —exclamó un tipo pequeñajo, de piernas estevadas.

—¿Qué pasa, Nick?

—Creo que su perrita «Diana» ha cogido un resfriado.

—¡No puede ser…!

—Lo siento, jefe, pero ha estornudado tres veces en menos de media hora…

El ranchero hizo una mueca y de pronto se precipitó fuera de la estancia, exclamando:

—¿Dónde está mi pobrecita?… ¿Dónde?

El de las piernas estevadas se adelantó para preceder a su jefe hacia el lugar donde se encontraba la perrita enferma.

Entonces, uno de los asesinos que había disparado contra Batsy y Pata de Palo dijo a su compañero:

—Ahí lo tienes, muchacho. Es por lo que me gusta trabajar para Bart Landrover… No he conocido otro tipo con mejores sentimientos…

CAPÍTULO IX

Jackie y su tío Lewis viajaban en el pescante del carro.

—Palabra que no lo comprendo, muchacho. ¿Quién era el patrón de la Momia?

—Lo sabremos muy pronto, tío.

—Eso es lo que me asusta. Eres un muchacho que reflexiona muy poco.

Jackie sonrió.

—Ya tendré tiempo para pensar cuando cumpla los cuarenta años.

—Por el camino que has emprendido nunca llegarás a los cuarenta.

—No seas pesimista.

—¡Santo cielo…! Ya te dije lo que deberíamos hacer: largarnos de esta tierra y no parar hasta llegar al Canadá.

—Sólo quiero llegar al fondo de la Caverna Inclinada.

—Te voy a contar una cosa, sobrino.

—¿El qué?

—Tuve un amigo hace unos cuarenta años que se llamaba Al. También era un tipo curioso. Agujero que encontraba a su paso, agujero que tenía que inspeccionar.

—Un tipo con mucha voluntad —comentó Jackie.

—Sí, pero eso resultó una desgracia para él. Un día se metió en una cueva y ya no volvió a salir.

—¿Qué le pasó?

—Era un pozo de serpientes. Stting Bull lo había utilizado para liquidar a los traidores que no estaban de acuerdo con él en hacer la guerra a los blancos… ¿Te das cuenta, muchacho? ¿Y si la Caverna Inclinada es también un lugar como aquel pozo donde murió mi

amigo?

—No, tío. Lo de la Caverna Inclinada no debe ser lo mismo… Lo que pasa aquí es que hay alguien en la comarca que no quiere que nadie llegue a examinar ese pasadizo.

—Pero ¿quién puede ser ese tipo?

—El mismo que pagó a la Momia, a los tres forajidos que pretendían arrojarte por el agujero y a los Revólveres Aristocráticos.

—Jackie, tienes razón. Ese fulano está empeñado en quitarnos la vida… Dejémoslo tranquilo y marchémonos de aquí. Después de todo, ¿qué nos importa a nosotros lo que pueda haber en la Caverna Inclinada?

—Hablemos de otra cosa, tío.

—No te convenzo, ¿eh?

—No, tío. He venido de muy lejos y no me largaré de aquí hasta haber aclarado el misterio.

—

R. I. P.

—Háblame de la chica.

—¿Qué chica?

—No te hagas el tonto. Sabes a quién me refiero, a Fran Bryan.

—Pues es una mujer como las demás.

—¿Como las demás…? —repitió Jackie, y sus ojos miraron hacia las montañas mientras sus labios sonreían—. No, tío, no es como las demás. Nunca vi una cara como la de ella… ni un cuerpo tan esbelto que estuviese tan bien proporcionado.

Lewis rezongó:

—Ya sabía yo que una mujer tendría la culpa de mi muerte. Pero está bien. ¿Qué quiere saber de ella?

—Imagino que debe tener muchos moscones a su alrededor:

—Sí. En eso aciertas.

—¿Y por quién está ella?

—La verdad es que todavía no se ha decidido. Pero todo el mundo apuesta por un mismo hombre.

—¿Cuál?

—Bart Landrover.

—¿El tipo que tiene el asilo de animales?

—Sí, señor, el mismo. Un alma caritativa, generosa dónde las haya. El orgullo de Star City.

De pronto sonó un estampido y la bala aulló, sepultándose en el mismo pescante, justo en el espacio que había entre tío y sobrino.

Lewis dio un respingo.

—¡Maldita sea…! ¿Qué significa esto?

Jackie movió la cabeza a la derecha mientras desenfundaba el revólver. Sobre una ladera cercana había tres jinetes que se cubrían el rostro con pañuelos negros. Los tres tenían el rifle en la mano.

—¡Refúgiate en los cajones de las mercancías, tío!… ¡Date prisa!

Lewis no necesitó que su sobrino terminase la frase porque ya había volado por encima del pescante buscando la protección de los cajones.

Jackie apretó el gatillo sin pestañear. Una fracción de segundo después los jinetes que estaban arriba hicieron crepitar sus armas.

Pero uno de ellos no pudo disparar con mucha puntería porque el proyectil de Jackie le cogió de lleno y saltó de la silla como impulsado por un resorte.

Una bala rozó la oreja derecha de Jackie, y la otra le mordió el tacón de la bota, arrancándoselo de cuajo.

Lewis gimió mientras se cubría con una lona.

—¡Éste es el final!… ¡Ya te advertí que debíamos largarnos cuanto antes de Star City!…

Los caballos se desbocaron y Jackie ya no pudo disparar con atención sobre los otros dos forajidos, quienes empezaron a hacer fuego sin peligro de ser alcanzados.

El joven sabiendo que con sus tiros no iba a conseguir nada, guardó el revólver en la funda y se apoderó de las riendas que había perdido en el primer momento.

A menos de treinta yardas vio una curva. A la velocidad que llevaban, el vehículo saltaría por los aires, y luego, cuando chocase contra la tierra, quedaría reducido a astillas.

Lewis chillaba pegando botes.

—¡Mi abuela!… ¡Esto se acabó!… ¡Jackie, échame una mano!

Pero el químico de minas demasiado hacía con tratar de detener el tronco antes de llegar a la curva.

Logró que los animales aminorasen un poco la marcha.

Las ruedas chirriaron sobre el polvo y el vehículo pareció ir a saltar en pedazos.

Pero tomaron la curva sobre dos ruedas y, un poco más allá,

Jackie supo que se habían salvado del peligro.

Dueño ya de los caballos, los dejó correr.

Cuando volvió la cabeza atrás, vio a su tío Lewis embadurnado de polvo blanco que había escapado de uno de los cajones.

—¡Por todos los diablos, chico! ¡Parece que hayan puesto precio a nuestra piel!

—No lo parece, tío. Se ve tan claro como el agua que es eso lo que está ocurriendo.

—¿Quieres decir que nos seguirán persiguiendo como a dos perros rabiosos?

—No debes tener ninguna duda de ello.

—No sé si podré soportarlo, sobrino.

Jackie sonrió.

—Liquidé a uno de los atacantes y, como antes hubo otra víctima, el jefe de esa gentuza tendrá un poco más de cuidado la próxima vez.

—Claro que si —gimió Lewis—. Pondrá más cuidado en que no escapemos.

Jackie soltó una risotada.

* * *

Bart Landrover escuchó a su capataz, Eddie Tann.

—Es increíble, jefe, pero se cargó a la Momia.

—Ese Jackie ha resultado un hueso.

—Dos de los muchachos y yo mismo lo esperamos a la salida del pueblo. Nos cubrimos la cara con pañuelos y cuando pasaban por frente a una colina disparamos sobre ellos. Ese muchacho aún tuvo tiempo para revolverse y desmontar a Arthur.

—¿Es posible?

—Le metió una bala en la cabeza. Los caballos del carro se desbocaron al ruido de los estampidos y yo estuve seguro que se iban a hacer pedazos porque estaban llegando a una curva.

—Pero no fue así, ¿eh, Eddie?

—No he conocido a ningún hombre con más suerte que Jack Baker. Aunque le parezca increíble, salió del apuro.

Bart Landrover tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—¿A qué se llegaron a la ciudad, Eddie?

—El químico compró unas cuantas cosas de nombre raro en el

almacén.

—Va a fabricar más papelitos.

—Sí, señor. Debe ser eso.

—¿Te das cuenta, Eddie? Esta vez necesitará un par de días para fabricarlos, y si para entonces ese muchacho sigue vivo, es capaz de llegar hasta el fondo del pozo y descubrirá el cadáver de Mattey. Ése podría ser el principio del fin para nosotros.

—Me hago cargo, jefe.

Hubo un silencio en la estancia que interrumpió Landrover.

—Hemos de hacer algo, Eddie.

—Jackie Baker ha terminado con los pistoleros que hemos mandado.

—Siempre habrá alguno más listo que los demás. Es mi lema, Eddie, y tú lo sabes. Hay casos para los que se adelanta más con un traidor que con un tipo con cabeza.

—¿Adonde quiere ir a parar, patrón?

—Necesitamos un canalla para este trabajo.

—¿Un traidor? —Los ojos de Eddie se iluminaron—. Demonios, jefe, creo que tengo un tipo a la medida…

—¿Quién es?

—Jim el Cursi.

—He oído hablar algunas cosas de él, pero no le conozco. ¿Qué es lo que hace?

—Se trata de un tipo muy afectado. Ha hecho ciertos trabajos disfrazándose de mujer…

—¡No quiero payasadas, Eddie! Éste es un asunto serio.

—Jim trabaja a conciencia. Ya verá usted como nos da la solución. Se encuentra a unas ocho millas de aquí y entablé amistad con él el verano pasado en Abilene. Estoy seguro de que con un poco de dinero quedará zanjado el negocio.

—Aclárame las ideas, Eddie. ¿Cómo lo va a hacer?

—Lo fundamental es que Jim se disfraza de dama, y de esa forma se acerca a la víctima con mucho disimulo. A Jim le gusta armar una buena comedia. Nunca se repite… Cuando el tipo a quien tiene que liquidar está más distraído, Jim el Cursi saca un revólver de las enaguas y le mete dos pildorazos sin pestañear.

Bart Landrover se echó a reír.

—Caramba, eso me parece bueno.

—Sabía que le gustaría.

—Anda, Eddie. No pierdas más tiempo. Llégate adonde está Jim el Cursi y contrátalo. Pero ponle una condición. —Landrover hizo una pausa—. Ha de liquidar a Jackie Baker antes de veinticuatro horas.

—Corriente, jefe.

CAPÍTULO X

Fran Bryan estaba observando cómo Curt y Don llevaban a la práctica el consejo de Jackie Baker para acabar con el pulgón de la col. Los dos hombretones empleaban bien los polvos, desparramándolos a la distancia debida de las plantas.

De pronto oyó una voz a sus espaldas.

—Así es como se debe hacer, señorita Bryan.

La joven se volvió bruscamente y contempló detrás de la empalizada la figura del químico de minas.

—¿Usted aquí?

—Vine para echarle una mano —dijo Jackie, intencionadamente, mientras la medía de pies a cabeza.

Ella levantó la barbilla.

—Es mejor que guarde la mano en el bolsillo, señor Baker.

Jackie movió los dedos de la diestra.

—Ya siento hormigueo —carraspeó—. Quiero decir que me gustaría hacer algo por usted. En el sentido químico, se entiende.

—¿Qué sentido químico?

—Estoy seguro de que podría acabar con el pulgón.

En eso se oyó la voz de Don.

—Usted es el mayor pulgón que hay ahora en el… campo.

La joven sonrió.

—Don y Curt le deben a usted algo, señor Baker.

—Quieren la revancha, ¿eh?

Los aludidos, Don y Curt, apretaron los puños. En sus caras conservaban las huellas de la pelea que habían sostenido con Jackie Baker.

El joven miró atentamente a los dos personajes.

—Oigan, amigos, no sé si lo creerán, pero me resultan

simpáticos. ¿Por qué hemos de estar a la gresca cada vez que nos echamos el ojo encima?… Ustedes y yo somos de la misma camada, tipos que no vuelven la espalda jamás.

Burt y Don sonrieron ufanos, porque eso de que el hombre que los había vencido los considerase como él les llegaba al alma.

Así también lo comprendió Fran.

—Es usted muy astuto, señor Baker, pero yo le diré lo que realmente le pasa.

—¿Sí?

—Tiene miedo.

Jackie se echó a reír.

—Curt y Don tienen una inteligencia y saben perfectamente que yo no puedo tener miedo.

Curt y Don sonrieron de nuevo. Infiernos, el padre de Fran había dicho que eran un par de tarugos y hasta habían llegado a creer que lo eran; pero ahora se darían cuenta de que tenían una inteligencia.

Curt sacó un frasco de *whisky*.

—¿Quiere un trago, señor químico? Es un *whisky* especial que hacen para los tipos enteros.

Fran dio una patadita en el suelo.

—Curt, te prohíbo que fraternices con mis enemigos.

Curt se detuvo a mitad del camino con la botella en la mano.

—Si quiere que le diga la verdad, señorita Bryan, no me parece mal chico.

—Deja que sea yo quien decida si es bueno o es malo —contestó la joven.

Jackie sacudió la cabeza.

—Puedo acompañarla a su casa, señorita Baker, y en el camino decidirá acerca de mi bondad.

Fran titubeó unos instantes.

—No crea que me voy por pasear con usted. Justamente me iba a marchar ya.

Baker no dijo nada y la joven echó a andar hacia la casa que se veía a unas cincuenta yardas.

Jackie se dispuso a saltar la verja, pero ella dijo:

—Usted irá por un lado y yo por el otro.

—Bueno, pero acérquese un poco más o tendremos que hablar a gritos.

La joven se aproximó hasta estar a una yarda de la cerca.

Jackie se volvió hacia Don y Curt.

—Celebro haberos visto, muchachos.

—Suerte —dijo Curt.

Al oír aquello, Fran se volvió rápidamente hacia su empleado.

—¿Por qué le deseas suerte?… ¡Seguid trabajando! Y será mejor que no probéis el *whisky* hasta que no hayáis terminado.

—Sí, señorita —dijeron a coro los dos empleados.

Los jóvenes siguieron andando hacia la casa y Jackie rezongó:

—¿Por qué se afana en demostrar que es una chica con muy mal humor?

—¿Cómo?

—Usted no es lo que aparenta, Fran.

—¿Qué soy?

—Una chica estupenda que necesita un hombre.

La joven se detuvo mirando asombrada a Jackie.

—Oiga, ¿cómo se permite decirme eso? Los he conocido deslenguados, pero usted es el mayor de todos.

—No se sulfure. Le va a echar humo la cabeza.

—Usted es un sabelotodo, señor Baker. Es la impresión que me dio apenas lo vi y, conforme lo conozco, me voy dando cuenta de que no me equivoqué.

—Pero dígame, señorita Bryan. ¿Qué tiene de particular que una mujer necesite un hombre?… Se lo puedo decir a la inversa. Todo hombre necesita una mujer. ¿Le gusta más así?… No soy yo quien lo ha inventado, Fran. Es la Naturaleza.

—Hay cosas sobre las que no se debe hablar, Jackie. No resulta decoroso…

—Me cierra los labios…

—No continúe, señor Baker.

—Está bien. Pero dígame, ¿quién es él?

—¿Él?

—Ya sabe, el chico con el que usted pretende casarse.

La joven se detuvo un momento y se mordió el labio inferior.

De pronto oyó una cabalgada y vio que frente a la casa llegaba Bart Landrover, el cual desmontó de la silla y subió al porche.

—Probablemente me casaré con Landrover. Sí, señor. Bart Landrover será mi marido.

—Debe tener cuidado. A lo mejor la mete en su asilo.

—¡Señor Baker! ¡Eso es una grosería! Todo el mundo sabe que Landrover tiene un asilo de animales.

—Me ha interpretado mal, Fran. He querido decir que la podía meter en su establecimiento para curar a los asilados.

—No tiene gracia.

—No he querido hacer ningún chiste.

—El señor Landrover es un hombre de maravillosos sentimientos.

—No lo dudo, Fran, pero quizá por eso resulte excesivamente blando.

—¿Y qué?

—Me temo que usted necesita menos blandura y más dureza.

—Ya sólo falta que diga que necesito un tipo como usted.

—Quizá.

—Un tipo que sea un poco bruto. De esa forma, si rompo un plato, podrá haber alguien que me rompa una costilla.

—Yo no le rompería a usted nada por nada del mundo, señorita Bryan. No confunda las cosas. Lo único que pasa es que usted es arrogante y, si me permite decirle, tiene unas cuantas gotas de soberbia.

—¿Soberbia yo?

—Y orgullo.

—Ande, siga insultándome, señor Baker. Ahora no hay nadie a mi alrededor para defenderme.

—Eso es cierto. Ni tampoco tiene un látigo a su alcance. Pero debo decirle que no pretendo insultarla.

—Eso resulta mucho peor. Usted lo dice de corazón.

—Sí.

—Me cree orgullosa, soberbia, ¿y cuántas cosas más, señor Baker?

—Deliciosa es otra de ellas.

La joven puso un brazo en jarras mientras reía forzadamente.

—Ya comprendo su sistema.

—¿Qué sistema?

—El de hacerme el amor. Primero ofende para domar a su víctima y luego le pasa la mano por el lomo.

Jackie la miró otra vez de la cintura para arriba.

—Me gustaría pasarla por el suyo.

—Hablaba en sentido figurado, señor Baker —repuso ella, alzando otra vez la cara.

Luego echó a andar más de prisa hacia la casa.

Jackie saltó la empalizada hábilmente y fue detrás de ella.

Bart Landrover los esperaba en el porche y estaba mirando con una sonrisa a la muchacha que se acercaba.

—Buenos días, Fran.

—¿Qué tal, señor Landrover?

Bart movió la cabeza mientras borraba la sonrisa de los labios.

—Estoy apesadumbrado. Mi perrita «Diana» ha atrapado un buen resfriado. Apenas puede respirar… Santo cielo, si se muere no sé lo que voy a hacer…

—Pobre «Diana», y qué bueno es usted, señor Landrover.

Bart Landrover se miró la punta de las botas y luego alzó los ojos, observando al hombre que se había detenido al pie de la escalera.

—¿No conoce al señor Baker? —dijo Fran—. Es un químico de minas, sobrino de Lewis, que ha venido a Star City para pasar una temporada.

Landrover sintió que se le revolvían las tripas. Maldito fuese mil veces. De modo que aquél era el tipo, y justamente había ido a conocerlo en casa de la mujer que él deseaba con todas sus fuerzas. ¿Qué hacía allí aquel entrometido?

—Celebro conocerle, señor Baker.

—Y yo también, señor Landrover. Muchas personas me han hablado de usted, y todas bien.

—Yo no merezco tanta alabanza —repuso Landrover, con aire modesto.

—He oído lo que dice de su perrita, y puedo proporcionarle un emplaste para curarla, si realmente lo que padece es un resfriado.

—¿Es usted también veterinario, señor Baker?

—No. Pero la química tiene que ver con todo, con la medicina de los animales y con las cosas más insospechadas. Se asombraría usted, señor Landrover, si yo le dijese que todo en este mundo es cuestión de química.

—Oh, no, señor Baker. Hay algo en lo que la química no juega.

—¿El qué, señor Landrover?

—El amor.

Jackie sonrió.

—También es cuestión de química. Cuando un hombre ve a una mujer y le pilla el cuerpo en una especial situación, ciertas glándulas internas que ejercitan una función de parachoques quedan como paralizadas. Entonces, todo el organismo se vuelca sobre esa mujer que uno está sometiendo a examen. El hombre se queda sin defensas internas y queda cautivado por los encantos de la dama. Eso es lo que llamamos amor.

—Oh, no —dijo Landrover—. Si fuese así, no valdría la pena de vivir en el mundo. El amor es otra cosa, señor Baker… Es mutua capacidad de sacrificio, es comprensión… Usted todavía es muy joven para darse cuenta de cuánto cariño puede sentir un hombre por una mujer. —Al llegar a este punto, sus ojos estaban mirando a Fran, y dio un suspiro—. ¿Con qué se queda usted, Fran?

—Me gusta mucho más lo que usted dice, señor Landrover.

—Gracias. Hace mucho tiempo me di cuenta de que nuestras almas son gemelas…

Hubo un silencio embarazoso y luego Landrover dijo:

—He de volver a mi rancho para ocuparme de mi perrita. Por favor, señor Baker, ¿me quiere decir de qué tengo que hacer el emplaste?

—Macere hojas de eucaliptus, cortezas de abedul y resina de pino. Hiérvalo todo. La pasta que resulte la envuelve en un trapo y el emplaste se lo coloca a la perrita sobre el pecho atado con un cordel. Luego meta al animal en un lugar bien abrigado. En cuestión de pocas horas notará una gran mejoría. Repita el tratamiento cada dos horas y su «Diana» estará buena para mañana.

—Así lo haré, señor Baker. Gracias.

—No tiene por qué dármelas.

Landrover tendió la mano a la joven.

—Después del mal rato que he pasado por la enfermedad de mi perrita, ha sido un verdadero placer el verla de nuevo, Fran. Los hombres también necesitamos consuelo en vez en cuando.

—Ya sabe que siempre es bien venido en esta casa, señor Landrover.

Bart bajó del porche y se detuvo ante Jackie.

—Uno de mis muchachos me dijo que usted había sostenido

unos cuantos duelos en el pueblo…

—Le informaron bien.

—No tiene usted aire de peleón, señor Baker.

—Sólo lucho cuando se me buscan las cosquillas y que está ocurriendo desde que llegué a Star City.

—¿Tiene algún enemigo, señor Baker?

—Sí, lo tengo, señor Landrover.

—Ya entiendo: alguien que le siguió los pasos hasta nuestro condado.

—No se trata de eso, señor Landrover. Mi enemigo vivía aquí antes de que yo llegase.

—Caramba —sonrió Landrover—. ¿Quiere dar a entender que se ha organizado una confabulación contra usted?

—Ésa es la palabra exacta: confabulación.

—¿Y no tiene idea de quién es la persona que le quiere mal?

—Por ahora no tengo la más ligera idea.

—Me gustaría ayudarle, señor Baker.

—Es usted muy amable, señor Landrover, pero no le puedo decir nada acerca de lo que sucede a mi alrededor. Quizá dentro de muy poco logre tirar de la manta y descubrir a la persona o personas que se esconden bajo ella. Pero, entretanto, no me queda más remedio que ver y callar.

—Me alegraré mucho de que todo le resulte bien.

—Gracias.

—Adiós, señor Baker. Perdonen que no esté más rato con ustedes. Mi perrita sufre y yo he de llegar cuanto antes a su lado para mitigar su dolor.

Landrover fue hacia la verja, donde había dejado su caballo, montó en la silla, hizo un saludo con la mano y se alejó al galope.

Fran Bryan dijo:

—Qué gran hombre.

Jackie se volvió para miraría a la cara.

—¿Está enamorada de él?

—¿Qué le importa a usted?

—No. No lo está.

—Ya salió el sabelotodo.

—Eso es algo que salta a la vista, Fran. Uno no necesita estudios especiales para saber si una mujer quiere a un hombre. Hará mal si

se casa con Bart Landrover.

—Eso es asunto mío.

—¿Se da cuenta de que si le concede su mano será para toda la vida?

—¿Y qué? Es un hombre bueno.

—No basta con que un hombre sea bueno para que una mujer lo acepta como marido. Son precisas otras condiciones, y la más importante consiste en que usted lo quiera.

Jackie, mientras hablaba, subió al porche, deteniéndose muy cerca de la muchacha.

La joven alzó sus grandes ojos orlados de sedosas pestañas.

Los dos se miraron un rato sin pronunciar una sola palabra, y de pronto, él tiró de ella bruscamente y la enlazó por la cintura besándola en la boca.

Durante una fracción de segundo, la joven permaneció quieta, pero luego le propinó un empellón.

—¡Señor Baker, es usted un indeseable! —exclamó, y se limpió la boca con el dorso de la mano para borrar la huella.

Jackie esbozó una ligera sonrisa.

—Lo siento, pero mis glándulas internas que debían actuar como parachoques quedaron paralizadas.

—Será mejor que se marche ahora mismo.

—Muy bien, Fran. La veré en otro momento.

—No habrá otro momento para eso.

—Usted me gusta, Fran, y es mejor que lo sepa desde ahora.

La joven empezó a enrojecer.

—Oiga, ¿de qué barro está usted hecho? A usted le gusto. ¿Es que cada mujer que le gusta la ha de tomar en seguida como suya?

—Le voy a decir algo más, Fran. Nunca me ocurrió lo de ahora.

Jackie bajó del porche y echó andar hacia el lugar donde había dejado su caballo.

Fran se le quedó mirando, respirando entrecortadamente. Vio llegar a Baker junto a sus hombres y Curt le dio el frasco de *whisky*. Jackie bebió un largo trago y después de devolver la botella y cambiar unas palabras con sus empleados, montó en el caballo y lo dirigió hacia las tierras de Lewis Baker.

Cuando el jinete hubo desaparecido tras una colina, la joven se pasó otra vez la mano por los labios. Recordó el beso que él le había

dado y sintió un escalofrío por la espalda.

¿Por qué?, se preguntó. ¿Por qué le pasaba eso? Oh, no. Aquel hombre no podía tener razón. Una mujer no podía tener glándulas internas que… ¡Santo cielo!

Capítulo XI

Lewis Baker estaba en el porche, sentado en una mecedora, cuando vio avanzar un carruaje por el camino. En el pescante viajaba una dama.

Lewis creyó que iba a pasar de largo, pero el vehículo se detuvo delante de la verja.

Se puso en pie al ver que la dama estaba descendiendo. Entonces bajó del porche y fue a su encuentro.

Lewis se quedó embobado al ver que el rostro de aquella mujer era blanco como la leche. Siempre había soñado con una mujer que no se pintase nada, y aquella viajera no había gastado en su cara un solo gramo de maquillaje.

Y aquellos labios, que eran rojos sin estar pintados, sonrieron.

—Por favor, ¿quiere ayudarme?

Lewis salió de su ensimismamiento.

—Perdone, señora.

—Señorita —le corrigió, mientras aceptaba su mano.

Lewis sonrió mientras ella descendía del carruaje.

—¿En qué puedo servirle, señorita? —murmuró.

—Busco a un hombre llamado Jackie Baker.

—Oh, es mi sobrino.

—Entonces, no vine descaminada. Mi nombre es Antona Pullower. He comprado una pequeña granja a quince millas del pueblo. Resulta que mi gallinero se está quedando vacío a consecuencia de una extraña enfermedad. En Star City pregunté por alguien que pudiese poner remedio. Encontré a un buen nombre que me habló de cierto químico llegado a la comarca. Es justo lo que yo necesitaba, un químico, de modo que le pedí el nombre y la dirección y aquí me tiene, señor…

—Baker, Lewis Baker.
—¿Tengo la suerte de encontrar a su sobrino en casa?
—No está en este momento, señorita Pullower, pero estoy seguro de que vendrá en seguida. ¿Me hace el honor de entrar en mi casa?
—¿Está usted solo, señor Baker?
—Pues, sí.
—Entonces me permitirá que me quede en el porche. Mi mamá me tiene dicho muchas veces que no entre en casa de ningún hombre…
—Pero, señorita, si ya tengo cuarenta y cinco años.
—Está justo en la edad más atrevida, señor Baker.
—¿Usted cree? —dijo Lewis, enarcando el pecho.
—Desde luego. Y, decididamente, me quedaré en el porche.
—Muy bien. Como usted quiera.
Jim el Cursi sonrió bajo su disfraz de mujer. Le gustaba desempeñar aquel papel y especialmente el momento en que, bajo la cuarta enagua, extraía la pistola que descansaba en la funda, atada al muslo, para meter a su víctima una posta en el espinazo.
Llegaron al porche y se sentaron.
Lewis carraspeó.
—¿Tomará *whisky*?
—¿*Whisky* yo, señor Baker? Oh, no. Mi mamá también me lo tiene dicho: «¿No bebas *whisky*? Los hombres son muy malos».
—¿Un refresco entonces?
—No me vendría mal, señor Baker.
Lewis desapareció en la casa.
Jim el Cursi aprovechó aquel momento para meterse la mano por el escote, porque allí se le debía haber metido una pulga traidora que le picaba como el demonio.
No pudo cazarla, y cuando oyó los pasos de Lewis, que regresaba, adoptó otra vez su actitud reservada.
Lewis le ofreció el refresco con una sonrisa.
—Le he preparado uno de grosella, señorita Pullower.
Jim el Cursi bebió un trago y estuvo a punto de escupir. Maldito fuese aquel viejo. Le había preparado uno de grosella y él se bebía el *whisky* a chorros.
—¿Le gusta, señorita Pullower?
—Delicioso; pero me encuentro fatigada. ¿No tendría por ahí

algo con que hacerme un poco de aire?

—Creo que tengo un abanico en el desván. Perteneció a mi difunta mujer. Iré a por él.

—Gracias, señor Baker. Es usted un ángel.

Lewis se marchó del porche.

Entonces Jim el Cursi se levantó rápidamente y con un gesto de asco arrojó el contenido del vaso delante de la casa. Luego, sacó una botella de debajo de su ropa femenina y, desenroscando el tapón, se atizó un latigazo. Hizo chasquear la lengua de gusto, bebió otra vez y por último guardó el frasco.

Lewis regresó.

—Aquí tiene el abanico, señorita Pullower.

El asesino profesional se abanicó con mucho aire.

De pronto se oyó una cabalgada y Lewis anunció:

—Ahí viene mi sobrino.

Jackie Baker condujo el caballo por la puerta de la verja y desmontó ante la casa.

—Hola, Jackie, aquí tienes una visita.

El joven observó a la persona que lo esperaba mientras Lewis hacía la presentación.

—Es la señorita Pullower.

—Encantado de conocerla, señorita Pullower.

Jim el Cursi repitió su cuento de la granja que había comprado recientemente y lo que estaba pasando en su gallinero.

Jackie terminó de escucharlo y se rascó detrás de la oreja.

—La verdad es que ando muy mal de tiempo y para buscar un remedio a su problema necesitaba echar un vistazo a sus aves…

—Oh, cuánto lo siento… ¿Quiere decir que no puede venir conmigo?

—Quizá lo pueda hacer dentro de un par de días.

—Entonces será demasiado tarde. Estoy segura de ello. Para cuando usted llegue allí, no habrá quedado una sola gallina para contarlo.

Tío Lewis intervino.

—Anda, muchacho, ¿por qué no haces un esfuerzo? Después de todo, en tres o cuatro horas podrás ir y volver.

Jackie titubeó unos instantes.

—Está bien, señorita Pullower. La acompañaré.

—Es usted maravilloso —exclamó Jim el Cursi, batiendo palmas.

Se puso en pie seguidamente y se despidió de Lewis.

Jackie montó otra vez en su caballo mientras Lewis acompañaba a la visitante hasta el coche.

Se pusieron en camino.

Jackie cabalgaba ah lado del carruaje, y Jim el Cursi observaba por el rabillo del ojo a su víctima y tenía que contener sus deseos de soltar una carcajada. Demonios, iba a resultar fácil aquello de ultimar al muchacho.

Tres millas más allá de la casa de Lewis dieron vista a un estrecho paso que debían cruzar.

Jim el Cursi se preparó. Ahora Jackie se adelantaría con el caballo, ofreciéndole las espaldas. Sería el momento deseado para disparar.

Fueron acercándose poco a poco al desfiladero.

Pero cuando estaban a punto de alcanzarlo, Jim el Cursi vio cómo Jackie tiraba de las bridas, cediendo la prioridad al carruaje.

El pistolero apretó los dientes, rabioso porque aquella primera oportunidad se esfumaba.

Después de cruzar el paso, Jackie avanzó otra vez al lado del pescante.

Cuernos, se dijo Jim el Cursi. La cosa no era tan sencilla como parecía. Él tenía que armar un revuelo de mil demonios para sacar el arma y, además, el hombre que lo había contratado, Eddie Tann, le había advertido acerca de Jackie Baker. Al parecer, se trataba de un tipo con una habilidad especial con el revólver.

De pronto vio un riachuelo a la izquierda, notando al propio tiempo cómo el caballo que tiraba del carro movía la cabeza nervioso.

—«Nicky» tiene sed, señor Baker. ¿Nos podemos detener unos instantes?

—Desde luego, no faltaba más.

Jim el Cursi sintió un cosquilleo en el estómago. Sabía por experiencia que cuando eso ocurría, las cosas marchaban bien. Era una especie de sexto sentido.

Los dos pisaron tierra. La montura de Jackie caminó sola hacia el río, donde empezó a beber. Luego Jackie tomó por las bridas el tiro del carro y lo condujo hasta el agua.

Jim el Cursi estaba atento, y al ver que Baker se ponía de rodillas para calmar la sed, se levantó las faldas y dirigió la mano a la funda donde guardaba el revólver.

De pronto, Jackie volvió la cabeza.

—¿No bebe usted, señorita Pullower?

Jim el Cursi tuvo que dejar caer la falda mientras el corazón se le achicaba. Maldita fuese. No estaba ganando para sustos.

—No, gracias. No tengo sed, señor Baker.

Jackie se puso en pie.

—Reemprenderemos el camino. Tengo un poco de prisa, ¿sabe, señorita Pullower? He de regresar cuanto antes con mi tío.

—Sí, señor Baker, ahora mismo —repuso Jim, soltando una sarta de maldiciones para sus adentros.

Poco después continuaban el viaje, y Jim se dijo que ya había fallado dos ocasiones. Condenación, aquel tipo no se le podía escapar de las manos. Había cobrado doscientos dólares adelantados por el trabajo, y cuando Baker estuviese muerto, cobraría otros tantos.

Transcurrieron quince minutos. Jim el Cursi empezaba a desesperarse.

De pronto Jackie detuvo su cabalgadura, diciendo:

—Espere, señorita Pullower.

—¿Ocurre algo?

—Acabo de ver en esa ladera una clase de hierba que quizá nos sirva para la enfermedad de sus gallinas. Hervida produce un caldo que, combinado con el pienso, las pondrá buenas, si es que el microbio que las ha atacado es el que yo espero.

Jim el Cursi sonrió. Por fin iba a tener suerte.

—Sí, señor Baker. Puede usted coger esas plantas. Yo lo espero aquí.

Jackie dirigió su montura hacia la ladera.

Jim lo vio marchar, e inmediatamente se levantó las faldas, y extrajo el revólver, que depositó a un lado del pescante, de forma que Jackie no lo pudiese ver a su vuelta. Podía dispararle desde allí, pero no quería fallar puesto que sería conceder una ventaja a su enemigo.

Al cabo de unos minutos, Jackie había recogido las plantas que necesitaba. Montó en el caballo e inició el regreso al lugar donde

estaba el vehículo.

La mano derecha de Jim el Cursi atrapó el revólver por la culata.

Bien; por fin lo iba a lograr. Jackie Baker sería, un cadáver al cavo de unos segundos. Lo dejaría llegar a unas tres ardas y entonces le descargaría dos balazos en el pecho, serían suficientes para rematar el trabajo.

Jackie Baker se fue acercando.

Diez yardas lo separaban del carruaje, ocho, siete, cinco…

Jim el Cursi soltó un rugido de triunfo mientras alzaba el revólver, y de pronto sus ojos vieron cómo de las plantas que Jackie traía en la mano brotaba una llamarada.

Jim sintió que algo incandescente se le introducía en el pecho. No era posible. ¿Cómo de unas hierbas podía brotar un plomo?

Levantó el revólver, pero otra vez, del mismo lugar que antes, salló una lengua de fuego.

Jim el Cursi sintió que no tenía fuerzas siquiera para levantar el arma. Oyó un ruido y se asombró al ver que ya no tenía el revólver en la diestra. Le había resbalado de los dedos, cayendo al suelo. Entonces se miró el pecho y vio dos agujeros por los que salía un hilillo de sangre.

—Baker… ¿Qué es lo que ha hecho, asesino de mujeres?

—Usted no es una mujer —oyó que le respondía su presunta víctima.

—¿Qué dice?

—No es una mujer —repitió Jackie Baker.

—¿Me conocía usted, Baker?

—No.

—Entonces, ¿cómo lo ha sabido usted…? ¿Cómo?

—Usted mismo se traicionó. Cuando estábamos en el río y volví la cabeza, lo vi con las faldas recogidas.

—¿Y qué, Baker?

—Le descubrí las piernas peludas.

—¡Maldita sea…!

—Usted es barbilampiño, pero en cambio tiene las piernas de un gorila…

Jim el Cursi hizo una extraña mueca porque tenía la impresión de que su pecho le ardía por dentro.

—La culpa ha sido mía… ¡Sí, señor!… ¡Yo soy el único

culpable!… ¡Tenía que haberme afeitado las piernas, pero se me olvidó!

Y ésas fueron las últimas palabras de Jim el Cursi, porque, tras pronunciarlas, se desplomó muerto del pescante.

CAPÍTULO XII

Hacía cuatro horas que se había marchado Jackie con Jim el Cursi, cuando tío Lewis vio llegar al joven solo.

—¿Qué tal, muchacho? —Le guiñó un ojo—. ¿Lo pasaste bien con la Pullower?

—Magníficamente —repuso Jackie, dejándose caer en la mecedora del porche.

—Una mujer como ella me habría gustado encontrar a mí.

—Pues ibas aviado, tío.

—Te juro que es mi tipo. Confieso que no tenía mucha pechuga, pero su cara era interesante y resultaba femenina.

—No sigas, tío, que estás metiendo la pata.

—Demonios, no sé lo que os pasa a los hombres de hoy, que no sabéis diferenciar a las mujeres.

Jackie se echó hacia adelante mirando a Lewis.

—Tío, debo darte una triste noticia.

—Dime, sobrino.

—La señorita Pullower ha muerto.

—¿Cómo?

—La maté yo.

—No estarás hablando en serio, hijo mío… ¿Tú matar a una joven tan bella tan agraciada?… ¿Qué clase de broma se te ha ocurrido, Jackie?

—Era un tío.

—¿Cómo? No te entiendo una palabra.

—La señorita Pullower era un pistolero disfrazado de mujer.

—¡No!

—Sí, tío. Un forajido como los Revólveres Aristocráticos, igual que la Momia… Por fortuna, pude descubrir su verdadero sexo por

el camino, y lo ultimé antes de que él lo hiciese conmigo.

Lewis se dejó caer en la otra mecedora.

—¡Por todos los santos del cielo!… ¡Si me lo hubiese dicho cualquier otra persona, no lo habría creído!

De pronto, saltó.

—¡Jackie!

—¿Sí, tío?

—¿Por qué no hacemos las valijas ahora mismo y nos largamos?

—Siempre estás repitiendo lo mismo.

—Pero ellos no dejan de mandarte pistoleros y no sabes siquiera quiénes son tus enemigos. ¿O es que te dijo algo ese tipejo antes de morir?

—No llegó a decir nada a ese respecto.

—Pues ahí lo tienes, Jackie. Confieso que te estás portando como los buenos y que hasta ahora has podido hacer frente a todos los peligros, pero ¿cuándo será la próxima vez?

—Muy pronto, quizá. Oye, tío, llevé el cadáver de ese fulano al *sheriff* Geiger. Cuando le quitamos su indumentaria, él lo reconoció. Era Jim el Cursi. Un hombre que había en la comisaría dijo que había visto dos días antes a Jim el Cursi en Capville. De modo que se me ha ocurrido una idea. La de largarme a ese pueblo.

—¿Para qué?

—Yo veo así las cosas. Jim el Cursi fue contratado en Capville. Si yo consigo establecer la identidad del hombre que lo contrató, podré tirar del ovillo.

—A ti no hay quien te apee del burro.

—Te vas a quedar aquí, tío.

—¡Yo aquí! ¿Para qué?

—Quiero que vayas preparando los papeles que han de servirnos para entrar en la gruta.

Lewis soltó un gallo.

—Infiernos, no voy a hacer tal cosa.

—¿Por qué no?

—Si alguien se llega aquí, me encontrará solo y me despeinará de un balazo.

—¿Es que no te das cuenta de que ahora han cambiado de sistema? Yo soy el enemigo. Mientras esté vivo, a ti no te harán nada. Sólo se meterán contigo cuando me hayan convertido en un

fiambre.

—¿Ésas son las esperanzas que me das?

—¿Qué más quieres?

—Santo cielo, ¿cómo voy a saber yo que no te matan en Capville?

Jackie bajó del porche y se volvió hacia su tío.

—No te preocupes. Sabré cuidarme.

Lewis tartamudeó.

—Pero si te liquidan a ti…, ¡vendrán a por mí! Tú lo acabas de decir…

—Haré todo lo posible por volver entero.

Jackie se dirigió rápidamente hacia su caballo, sin prestar oído a las voces de Lewis.

* * *

Bart Landrover entornó los ojos pensativo. Estaba recordando cada una de las pulgadas de Fran Bryan. Era una mujer maravillosa. La que él necesitaba para sentirse satisfecho, y justamente Jackie había ido a poner los ojos en ella. De eso ya no tenía ninguna duda. Le había bastado vigilar al muchacho mientras estuvo en el porche de los Bryan para llegar a esa conclusión.

Sonrió diciéndose que ahora Jackie estaba muerto. Jim el Cursi habría acabado con él.

La puerta del despacho se abrió, dando paso a Eddie Tann.

—¿Todo arreglado, capataz? —preguntó.

—No, señor.

—¿Cómo?

—Jim el Cursi también ha fracasado.

La cara de Landrover se tornó lívida y sus ojos empezaron a agrandarse.

—¿Qué ha pasado con Jim el Cursi?

—Jackie lo mató.

—¿Cómo lo sabes?

—Papelitos se llegó a la ciudad llevando consigo el cadáver de Jim. Fue a entregarlo al *sheriff* Geiger.

Landrover pegó un puñetazo en la mesa.

—¿Iba el Cursi vestido de mujer?

—Sí.

—Infiernos, ¿cómo ha podido salvarse ese muchacho?

—Ya le advertí a Jim que el químico era muy rápido con la pistola.

—El muy estúpido no debió de hacerte caso…

—El Cursi se empeñó en guardar el revólver debajo de cuatro enaguas. Yo le dije que debía llevarlo más a mano. Pero no me hizo caso. Está claro que, cuando fue a sacar el revólver, Jackie debió ver su movimiento y no tuvo más que meterle un par de píldoras en el pecho. Lo malo es que el Cursi no tenía tos.

—No hagas chistes malos, Eddie. Me pone enfermo.

—Perdón, jefe.

Landrover paseó por la estancia mientras se mordía el puño.

—¡He de acabar con ese Jack Baker aunque sea lo último que haga en mi vida!

—La cosa está que arde, patrón.

—¿Qué se te ocurre?

—No tengo ni idea.

—¿Para qué te pago, imbécil?

—No debe insultarme, jefe. Yo he hecho todo lo que he podido.

En aquel momento llamaron a la puerta, y Landrover autorizó la entrada. Apareció un tipo delgado, de labio inferior colgante.

—¿Qué pasa, Roberts? —preguntó el capataz.

—He estado vigilando por las cercanías de las tierras de Lewis Baker, siguiendo sus instrucciones, y hace un rato vi salir de allí al químico. Fui detrás de él un rato y tomó el camino de Capville.

—¿Capville? ¿Estás seguro?

—Sí, señor. Lo vi entrar por el desfiladero del Diablo, y ya sabe que sólo conduce a Capville.

Eddie se volvió hacia Landrover.

—¿Lo ha oído, patrón?

—Sí, que Jackie ha ido a Capville. ¿Y qué?

—¿Es que no se da cuenta? En Capville fue donde contraté a Jim el Cursi. Está claro que Jackie se dirige allí para preguntar acerca de la persona que pagó a Jim.

—¿En qué lugar de Capville lo contrataste?

—En el saloon Remedios.

—Eres un estúpido. Seguro que te vieron hablar con Jim el Cursi.

—Sí, señor, —admitió Eddie—. Cuatro o cinco hombres.

—Debería dejar que Jackie te levantase la tapa de los sesos.

El capataz sacó un pañuelo, con el que se enjugó el sudor que había aparecido en su frente.

—Me iré ahora mismo.

—¿Adonde, imbécil?

—Al fin del mundo. No quiero enfrentarme a ese tipo. Le tengo demasiado aprecio a la vida.

El capataz echó a andar hacia la puerta, pero se detuvo al oír la voz de Landrover.

—Quieto, Eddie.

Giró sobre sus talones y vio a Landrover con un revólver en la mano apuntándole. Sintió un escalofrío por el espinazo.

—¿Qué va a hacer, patrón?

—¿Qué te parece si aprieto el gatillo?

—No puedo matarme.

—¿Por qué no? Me ibas a dejar en la estacada.

—Creí que con ello le hacía el mejor favor. En cuanto Jackie sepa que yo fui quien pagó a Jim el Cursi, pensará que usted es el tipo que tiene que cazar. Pero si no me encuentra aquí, usted podrá darle cualquier explicación.

—No me interesa eso.

—Luego tendrá bastante tiempo para cargárselo.

—No quiero demorar la muerte de Jackie Baker y creo que ha sido una suerte para nosotros que se largase a Capville.

—¿Qué se le ocurre?

—Nosotros también iremos a esa ciudad. Y te voy a hacer un favor especial, Eddie. No te mataré si todo sale bien.

—Pero ¿qué va a pasar en Capville?

—Pareces olvidar una cosa muy importante, Eddie. Esa ciudad es lugar de paso para toda la gentuza que se dirige hacia el Oeste.

Eddie se echó a reír.

—Caramba, jefe. Usted piensa en todo.

En aquel momento se abrió la puerta y el tipo de las piernas estevadas penetró como un ciclón.

—¡Jefe, una desgracia…!

—¿A qué te refieres?

—Su perrita… —El hombrecillo se interrumpió.

—Termina, Ernest.

—Ha muerto…

Landrover desorbitó nuevamente los ojos.

—¿Qué dices, Ernest? No es posible… El químico me preparó aquel emplaste…

—Es lo que yo he hecho, jefe, y «Diana» pasó el primer bocado y también el segundo, pero de pronto empezó a estremecerse y se quedó tiesa como un palo.

Al oír aquello, Landrover había empezado a jadear.

—¿Qué es lo que has hecho, Ernest? ¿Le diste de comer la corteza de abedul, la resina y el eucaliptus?

—Sí, señor. Lo hice en bolitas para que le pasara mejor…

Landrover conservaba todavía en la mano la pistola con la que había amenazado a su capataz. Ahora sólo tuvo que desviarla para apuntar a Ernest. El hombrecillo se puso a parpadear.

—Tenga cuidado, jefe, se le puede disparar…

—Es muy posible, Ernest.

—Pues apunte para otro lado.

Landrover siguió apuntando con el revólver a su peón.

—Te voy a decir algo importante, Ernest. Tú también vas a estirar la pata.

—¿Qué dice, patrón?

—Ya lo has oído.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué me va a matar, patrón?

—Siempre cuidaste a «Diana».

—Sí, señor. Siempre la cuidé. Yo también quería mucho a la perrita. Éramos como carne y uña.

—Ahí lo tienes, Ernest. Seguiréis siendo uña y carne. Os voy a enterrar juntos.

—No, jefe. Usted no puede hacer eso… Soy un muchacho joven.

—También era muy joven «Diana» y ella ahora está muerta.

—¡Por lo que más quiera, señor Landrover! ¡Déjeme vivir y todos los días regaré la tumba de «Diana» y le pondré flores!

—Uno de los muchachos se encargará de poneros flores a los dos.

Tras decir estas palabras, Landrover empezó a apretar el gatillo.

Ernest recibió íntegra la carga de plomo y se derrumbó, quedando inmóvil. Entonces Landrover se dirigió a Roberts.

—Tú te encargas de dar sepultura a «Diana» y Ernest, muchacho.
—Sí, señor. Cuente con ello.
—Encarga una placa en que se diga: «Aquí yacen dos perros».

CAPÍTULO XIII

Jackie Baker se encontraba en el mostrador del saloon Remedios de Capville. Al llegar pidió un *whisky* y, mientras lo bebía, se entretuvo en echar una ojeada a la clientela. Se decidió por un viejo que parecía estar en el dique seco contra su voluntad, ya que contemplaba los vasos de *whisky* mientras se pasaba la lengua por los labios.

Sólo tuvo que hacer una señal para que el tipo en cuestión se le acercase como una centella. Resultó llamarse Jepson Grenfell. Después de los dos primeros vasos, Jackie hizo sus preguntas acerca de Jim el Cursi.

—Sí, desde luego —le contestó Jepson—. Conozco a Jim el Cursi. Justamente se marchó de aquí ayer. Vino a hablarle un hombre de Star City.

—¿Lo conoce, Jepson?

—Desde luego. Es Eddie Tann, el capataz de Bart Landrover.

Jack entornó los ojos al oír aquella declaración, pero le gusto mucho más cuando Jepson prosiguió:

—Al parecer, Eddie Tann le debía algo al Cursi, porque vi cómo le daba un fajo de billetes.

—¿Qué piensa usted de Eddie Tann, Jepson?

—Es un mal bicho que se dejó caer por aquí hace un par de años y al que Landrover contrató.

—Es extraño que Landrover contratase a un hombre como Eddie Tann si realmente es un bicho como usted dice. Ya sabe la fama que Landrover tiene en Star City.

—Bueno, yo no me fiaría tanto.

—¿También va a acusar a Landrover?

—Oiga, hijo. Tengo sesenta años, y si es verdad que me

encuentro arruinado, tengo una experiencia que me ha servido de mucho. Landrover podrá pegársela a cualquiera, pero no a mí. Yo no creo en los arrepentimientos de las personas como Bart Landrover. Siempre fue un tipo de mala condición. Se lo puedo decir yo que lo conocí. De pronto muere su hermano y él se convierte en un alma caritativa, justamente cuando pasa a ser el dueño de la mejor hacienda de Star City. ¿Sabe lo que le digo? Cuando un hombre que tiene una conciencia negra empieza a realizar actos benéficos, toque madera.

—¿Por qué?

Jepson soltó una risita y después de atizarse un trago agregó:

—Eso lo hacen porque necesitan engañar para que nadie descubra sus verdaderos sentimientos.

—¿No le parece que es un poco duro con Landrover?

—Oiga, usted se está portando bien conmigo. Sé que ha venido aquí por información. Tengo un buen golpe de vista y estoy dispuesto a jugarme las botas a que es una buena persona.

—Quizá no se equivoca, abuelo. Gracias por su favor. ¿Quiere otro vaso?

—No me vendría mal.

Jackie hizo una señal al mozo para que llenase otra vez los vasos.

Jepson brindó.

—Por usted, hijo. Y por que vea todos sus deseos conseguidos.

Las palabras de Jepson hicieron recordar a Jackie a aquella joven que tanto le había impresionado. Fran Bryan. Tan sólo la había visto en dos ocasiones, pero le era suficiente para saber que se encontraba ante la mujer que sería madre de sus hijos.

De pronto, Jepson le tiró de una manga.

—Cuidado, muchacho.

—¿Qué pasa, Jepson?

—Acaban de entrar dos tipos que se han quedado en la esquina del mostrador más cercano a la puerta. No dejan de mirarlo a usted.

Jackie miró hacia aquel lado y vio a dos fulanos barbudos, mal encarados, cuyos sombreros estaban cubiertos de polvo, con las alas rasgadas.

—No los conozco, Jepson.

—Tienen él demonio en los ojos. Será mejor que se vaya, pero

utilice la puerta trasera. La tiene más a mano.

—Nunca me ha gustado huir.

—En esta ocasión se trata de su pellejo. Estoy seguro señor Baker.

Jackie sacó unas monedas y pagó la consumición. Luego se despidió de su informante.

—Adiós, Jepson. Si alguna vez paso por Capville me detendré a verlo. Desde hoy puede considerarme su amigo.

—La puerta trasera —repitió Jepson.

Pero Jackie no le hizo ningún caso y echó a andar hacia las hojas de vaivén.

Estaba a punto de alcanzarlas cuando oyó una voz.

—Eh, usted.

Sabía que se dirigían a él, pero continuó andando. De pronto sonó un estampido y una bala se enterró en la madera, a escasas pulgadas de sus botas.

Un mozo que portaba una bandeja llena de vasos vacíos pegó un grito sobresaltado y los vasos se estrellaron contra el piso haciéndose añicos.

Jackie se había detenido sin volverse. Ahora lo hizo muy lentamente, clavando la mirada en los dos hombres que se encontraban en la esquina más cercana del mostrador. Uno de ellos, el más alto, era el que había disparado. Todavía conservaba el humeante revólver en la mano izquierda.

—¿Era a mí, compañero?

El zurdo sonrió, mostrando unos dientes como paletas.

—¿Cómo lo sabe?

Jackie señaló el agujero que había en el suelo.

Ese plomo que se enterró ahí está más cerca de mí que de nadie.

—Muchacho listo, ¿eh, Martin?

El otro pistolero rió mientras se pasaba el dorso de la mano por la cara.

—Sí, parece que lo es. Sabe sacar conclusiones con mucha rapidez.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó Jackie.

Martin apoyó los dos brazos en el mostrador que tenía a sus espaldas.

—¿Oyes eso, Buddy? El muchacho pregunta qué deseamos.

El llamado Buddy sacudió la cabeza.

—Vamos a ventilar un negocio con usted, amigo.

—¿Qué es lo que venden? ¿Navajas de afeitar?

Martin se echó a reír.

—Me gustan los tipos que saben hacer chistes. Sí, señor. Y este fulano los hace con mucha gracia —se acarició otra vez la barba—. Navajas de afeitar… ¿tenemos nosotros aspecto de eso?

—Entonces, ustedes dirán —murmuró Jackie.

Buddy contestó:

—Martin y yo hemos sido ayudantes de un médico en San Clemente. Ya sabe, poníamos inyecciones, hacíamos las primeras curas…, etc.

—Comprendo: una especie de practicantes.

Buddy hizo un gesto afirmativo.

—Tuvimos un contratiempo con un enfermo. Había que purgarle con aceite de ricino y nosotros lo hicimos con plomo. El doctor se enfadó mucho y no expulsó de la clínica. Así que Martin y yo estamos sin trabajo…

—Pobres muchachos —dijo Jackie.

—Pero nos encontramos por aquí a un tipo que nos ha hecho un favor.

—Siempre hay alguien en el mundo que ayuda a su prójimo.

—Sí, señor. Ésa ha sido nuestra suerte. Nos dio doscientos dólares para que aplicásemos nuestros conocimientos sobre cierta persona. ¿Y a que no sabe quién es?

—Apuesto a que esa persona soy yo. —Dijo Baker.

—Sí, muchacho. Acertó de pleno. Es usted.

—¿Y qué clase de conocimientos me tienen que aplicar?

—Mientras estuvimos con el doctor, Martin se dedicó a la cosa del cráneo. Lo conoce como nadie. Se pasaba noches en vela estudiando de qué forma se podía hacer una trepanación, y es lo que él le va a hacer.

—La trepanación —repitió Jackie.

—Sí, señor. Se la va a hacer con una bala.

—¿Y cuál es lo suyo, Buddy?

—Yo me interesé por los dolores de barriga… La tripa es una cosa muy delicada. No se puede imaginar la cantidad de enfermos que se llegaban al gabinete de nuestro jefe en busca de un remedio

para sus retortijones.

—Y usted se ha interesado también por mis tripas…

—Está usted por acertarlo todo, compañero. Sí, señor. Eso es lo que voy a hacer. Le voy a meter una bala en ellas.

—Sólo falta que me diga ahora por qué ese capricho.

—Aparte del dinero que nos han dado por el negocio.

Martin y yo queremos experimentar en usted lo que pasa cuando un tipo recibe al mismo tiempo una bala en la cabeza y otra en la barriga.

—Debe doler mucho.

—Por eso le vamos a pedir un favor.

—Hablen, amigos, hablen.

Mientras usted se muere, ¿le molestaría decirnos los efectos que le producen los dos plomos?

—En absoluto, compañeros.

—Magnífico. Hombres como usted son los que contribuyen a que adelante la medicina. —Buddy hizo una pausa para pellizcarse el mentón—. En honor de usted haremos una cosa… Con todo lo que nos diga haremos un informe que enviaremos a la Asociación Médica Norteamericana.

Martin hizo chasquear los dedos.

—Demonios, Buddy, eso es una buena idea. Es muy posible que a nosotros nos den una medalla y, de paso, el señor Baker será considerado como un mártir de la Ciencia. ¿Le gusta, señor Baker?

—Muchísimo, pero prefiero otra solución.

—¿Cuál?

—Yo les meto las balas y ustedes son los que me informan a mí sobre los efectos. A usted, Martin, se la colocaré en la garganta. Eso podría ayudar mucho a solventar los ahogos de la tráquea por efecto de las espinas de pescado. Y en cuanto a usted, Buddy, se la clavaré en el centro del esternón. Hay enfermedades de ese hueso que todavía son completamente desconocidas.

Los dos pistoleros, rieron a un tiempo y Martin dijo:

—¿No te lo dije, muchacho? Sigue siendo un tipo chistoso… ¡Ahora, muchacho!

Los dos pistoleros desenfundaron a un tiempo, pero cuando fueron a apretar el gatillo, Jackie no se encontraba en el mismo lugar que un segundo antes. Había saltado a la izquierda

arrojándose al aire horizontalmente, pero, cosa curiosa, su revólver ya estaba bramando.

Ninguno de los dos pistoleros llegó a apretar el gatillo, fueron alcanzados por sendas balas y dejaron caer las armas al suelo, llevando las manos a las respectivas heridas, Martin a la garganta, Buddy al esternón.

Ambos dieron un traspié, separándose del mostrador, y se quedaron mirando con ojos asombrados al joven, que ya se había puesto en pie, con el revólver en la mano por si le era necesario.

Martin dijo muy aprisa:

—Síntomas por ahogo con bala en la tráquea… Respiración agobiante, pulso acelerado; fuerte calor en la boca… —Luego se desplomó y quedó inerte.

Buddy dijo, haciendo una mueca horrible:

—Si se cree que le voy a dar los síntomas de una bala en el esternón se equivoca. ¡Que lo zurzan, Baker!

Soltó una maldición y se derrumbó de bruces sobre el piso.

Se produjo un gran silencio en el saloon. Jepson llegó al lado de Jackie pegando saltitos.

—¡Madre mía!… ¡Se los ha cargado a los dos! Usted es un hacha, Baker.

—Hasta otra. Me voy antes de que llegue el *sheriff*.

—No se preocupe. Nuestro representante de la ley no aparece después de un tiroteo hasta pasada una hora. El viejo Isaías padece del corazón y su médico le recomendó que se privase de las emociones fuertes. Pero le aseguro que se pondrá muy contento cuando vea la clase de carroña que se ha quedado en Capville para siempre.

Jackie y el abuelo salieron a la calle. Era noche oscura.

—Bueno, Jepson. Necesito ponerme en camino hacia Star City ahora mismo.

De pronto se oyeron unos estampidos procedentes del callejón más cercano al saloon.

—Jepson saltó.

—Diablos, ¿qué es eso? ¡Más tiros!

—Se están cargando a alguien. Espere aquí, abuelo.

—Voy con usted. Yo también tengo un arma —dijo Jepson, y sacó un pesado revólver de los que se utilizaban cuando las guerras

indias.

Los dos hombres echaron a correr, Jackie delante, y tiraron por el callejón. A lo lejos se oyó un ruido de carreras.

Jackie gritó:

—¡Alto o disparo!

Nadie se detuvo y Baker hizo fuego, pero ya los fulanos en cuestión habían desaparecido por la esquina.

Jepson anunció:

—Eh, aquí hay un cuerpo, Baker.

Fue hacia la izquierda donde estaba el abuelo. Efectivamente, allí había un hombre.

—Infiernos, muchacho —exclamó Jepson—. ¿Sabe quién es?

—No hace falta que me lo diga. Eddie Tann.

—El mismo, Baker. Y le han metido tres balas en la espalda.

Jackie se agachó sobre Eddie y le puso la mano en el corazón. Ya había dejado de existir.

Se levantó soltando un suspiro.

—¿Se encargará usted de explicárselo al *sheriff*, abuelo?

—Descuide. Queda en mis manos.

Minutos después, Jackie abandonaba Capville.

CAPÍTULO XIV

Jackie Baker durmió en el camino un par de horas y luego continuó su viaje hacia la hacienda de su tío. Llegó allí al amanecer y apenas descabalgó se precipitó en la casa porque sentía inquietud por la suerte que Lewis hubiese podido correr. Encontró la puerta cerrada con llave y llamó fuerte con el puño.

—¡Eh, tío! ¡Abre!

No obtuvo ninguna respuesta.

Rápidamente, dio una vuelta a la casa y llamó desde el muro trasero del patio, pero tampoco consiguió nada.

Entonces se acercó a una ventana, sacó el revólver y rompió los cristales. Pasó la mano por el hueco producido y pudo abrir las hojas. Fue directamente al dormitorio de su tío, y tuvo la impresión que la sangre se le convertía en hielo al ver que la cama aparecía deshecha, pero Lewis no estaba allí.

Recorrió la casa de un extremo a otro sin hallar rastros de su tío. Finalmente, salió al porche masajeándose nervioso el mentón.

De pronto recordó algo. Volvió a entrar en la casa y se dirigió a la cocina, abriendo la trampa que conducía al sótano. Bajó por la escalerilla alumbrándose con un quinqué.

—¡Lewis! —llamó.

No, tampoco se encontraba en aquel lugar. Pero igualmente habían desaparecido los productos que habían traído del almacén para fabricar los papeles químicos que necesitaban para llegar al fondo de la Caverna Inclinada.

Subió a la casa y pocos segundos después cabalgaba de nuevo alejándose de ella.

Estaba llegando a la caverna cuando sonó un estampido y la bala pasó por encima de su cabeza. Se arrojó de la silla sobre la marcha

y rodó por el polvo, yendo parar detrás de unas rocas.

Sacó el revólver y esperó, mirando hacia la entrada de la caverna, de donde le habían hecho el disparo.

No vio a nadie.

Se le ocurrió una idea: avanzar en semicírculo para caer por la espalda sobre los fulanos que se pudiesen encontrar allí.

Miró hacia atrás y descubrió una hondonada que le serviría muy bien para llevar a cabo su plan.

Corrió agachado y al cabo de tres minutos había ido a parar justo al otro lado de la caverna.

Vio moverse una pierna por detrás de una roca a menos de diez yardas de donde se encontraba. Entonces avanzó otra vez en dirección al sujeto, y cuando se encontraba a muy poca distancia ordenó:

—¡Tire el arma y póngase en pie con los brazos en la nuca!

El otro dio un respingo y se dejó ver por encima de la roca. Era su propio tío Lewis.

Jackie cerró los ojos y los abrió.

—¿Es que quieres matarme, tío?

—Infiernos, estoy tan nervioso que no acerté a distinguirte. Sólo vi que un jinete se acercaba y creí que ya venían a por mí. No le deseo a nadie lo que he pasado esta noche. Cuando se puso el sol me encontré solo en la casa… Muchacho, las piernas me temblaban. De modo que abrí una botella de *whisky* y la despaché casi sin pestañear. Luego me puse a pensar: «¿Dónde te puedes meter que no te encuentren, Lewis?». Bueno. Estuve haciéndome esa pregunta durante casi una hora y por último tuve la respuesta.

—La Caverna Inclinada.

—Exacto, muchacho. Llegué a la conclusión de que ellos no podían pensar que yo pudiese elegir mi refugio precisamente en este condenado agujero. Me traje los papelitos y me puse a quemarlos para conseguir un lugar donde no pudiese morir asfixiado.

—Al parecer, has obtenido buenos resultados.

—Es un milagro, muchacho. Tus papelitos han acabado con el gas carbónico en un montón de pies.

—Está bien. Manos a la obra.

—¿Vamos a continuar en este lugar?

—Quiero llegar al fondo ahora mismo.

—Pero muchacho, ahora es de día… En cuanto pase alguien por aquí nos echará el ojo y entonces seremos hombres perdidos.

—Serénate, abuelo. También tenemos armas y balas.

Lewis cruzó los dedos sobre el pecho en una actitud implorante mientras decía con los ojos fijos en el cielo:

—¡Por todos los santos!… ¿Por qué se me ocurriría a mí escribirte una carta explicándote lo que pasaba en la caverna?

Jackie le pegó un par de palmadas en la espalda.

—Vamos, abuelo…

De pronto oyeron un galope. El abuelo dio un gran salto y se arrojó tras la roca donde había permanecido escondido.

—¡Ya están ahí, Jackie! ¡Escóndete o te matarán!

Jackie había sacado el revólver mientras sus ojos observaban hacia la colina tras la que se oía el jinete.

De pronto apareció éste y Jackie sonrió. Era Fran Bryan. La joven estuvo un rato quieta en lo alto y Jackie se dijo que ella, recortada sobre el cielo, parecía la imagen de un cuadro.

Fran lo descubrió a él también y espoleó su cabalgadura, ganando terreno rápidamente.

—Buenos días, Fran —la saludó Jackie.

La joven saltó de la silla.

—Fui a casa de su tío y al no encontrarles allí supuse que estarían en esta caverna.

—¿Por qué lo supuso, muchacha?

—Es la mar de sencillo. Todo el mundo sabe que Lewis se pasa muchas horas junto a este agujero, aunque yo no sé por qué. Parece que le gusta la proximidad de lo desconocido.

En ese momento, Lewis se dejó ver por detrás de la roca.

—Hola, Fran.

La muchacha frunció el ceño.

—¿Qué hace ahí, Lewis?

—Se me perdió un botón y lo estaba buscando.

La joven volvió a mirar a Jackie.

—Dimos fin a los polvos para matar el pulgón de las coles y pensé que quizá usted tendría los ingredientes.

Después de decir eso, se mordió el labio inferior porque el motivo era falso. Todavía conservaba en casa una porción de los

ingredientes a que aludía, pero ella se había pasado la mayor parte de la noche sin dormir pensando en un hombre. Justamente, en Jackie Baker. Al descubrir tal cosa, primero se puso furiosa, pero luego, en las primeras horas de la madrugada, empezó a darse cuenta de que debía reconocer los hechos consumados. Sí; se había enamorado repentina, súbita y maravillosamente del químico.

Y apenas el día clareó, decidió verlo otra vez, no para decirle que lo amaba porque eso era algo que todavía hería su orgullo. Pero se había dicho que con un poco de astucia podría provocar una declaración por parte de él.

—Sí, Fran —respondió Jackie—. Tengo los ingredientes en casa. ¿Tiene mucha prisa…?

—No, en absoluto.

—Será cuestión de media hora. Quiero descender al fondo del pozo.

—¿Por qué, señor Baker?

—Simple curiosidad.

El abuelo saltó nervioso.

—No hemos desayunado, Jackie, recuérdalo. ¿Por qué no vamos a casa y aprovechamos la presencia de Fran para que ella nos haga un buen café con tostadas?

—Luego, tío —dijo Jackie.

Lewis gimió:

—Oye, muchacha, ¿por qué no le quitas la idea de la cabeza?

—¿Y por qué quiere usted que él no baje al pozo? —Es peligroso. Tú lo sabes, Fran. Ahí abajo hay mucho gas carbónico. ¿Conoces los efectos de ese gas? Un tipo va ascendiendo poco a poco y de pronto siente un mareo, trata de agarrarse a cualquier cosa para poder salir de allí, pero ya no tiene nada que hacer. Sus manos resbalan por las paredes, al final se vence y cae en el vacío estrellándose en el fondo, en el supuesto caso de que no muera del golpe, perece asfixiado. ¿Te gustaría ese final para mi sobrino?

—Oh, no…

Lewis se frotó las manos.

—Pues entonces tendrás que convencerlo porque a mí no me hace ningún caso. Míralo, ya está a punto de meterse en la cueva.

—¡Jackie, espere! —exclamó la joven y corrió al lado del joven.

—¿Qué ocurre, Fran?

—No debe entrar…

—Ya he oído a mi tío, pero no debe hacerle caso.

—Él tiene razón, señor Baker. Bajar ahí es muy peligroso…

Jackie la miró a los ojos.

—¿Usted cree?

—Todos en la comarca sabemos que esta caverna está maldita.

—La ciencia no admite las maldiciones.

—Ya salió otra vez con eso. ¿Qué sabe usted?

—Oiga, Fran; en un par de días he sido víctima de varios atentados. Han tratado de matarme por todos los medios y el único motivo para liquidarme ha sido el que yo he pretendido bajar por esta caverna. ¿Se da cuenta? No puedo abandonar mi plan.

—Pero ¿y si resbala por las paredes y cae al fondo?

—Pondré mucho cuidado.

—¿Y cómo se va a defender del gas carbónico?

—Entre mi tío y yo hemos preparado unos papeles que al quemarse acaban con el gas. Avanzaré poco a poco, pero finalmente llegaré adonde me he propuesto. Entonces sabré por qué cierta persona ha tenido tanto interés en que no llegue abajo.

—¿De modo que está decidido…?

—Absolutamente.

—Es un testarudo, señor Baker, pero ya sé que no voy a adelantar nada. Haga lo que quiera.

Fran se volvió de espaldas para retirarse, pero Jackie la tomó rápidamente de un brazo.

—Espere, Fran.

—¿A qué tengo que esperar?

—Usted lo acaba de decir. Puedo morir ahí dentro.

—Será capricho suyo.

—Por si eso ocurre, quiero decirle algo.

—¿El qué?

—Que la quiero.

La joven quedó mirando el rostro varonil con los labios entreabiertos. Sintió que el corazón les saltaba dentro del pecho.

—¿Es cierto, Jackie?

—Sí, Fran. Te quiero más que a nada en el mundo.

Él la estrechó entre sus brazos y Fran rodeó el cuello de Jackie colaborando en el beso.

Ella apartó su boca unas pulgadas.

—Oh, Jackie, tengo el presentimiento de que algo malo va a ocurrir…

Él sonrió.

—Creí que ibas a decir otra cosa, como por ejemplo que me querías también.

—¿Es que no tienes bastante aclaración con el beso?

Jackie la besó otra vez y, al separarse, la empujó hacia afuera.

—Anda, vete con mi tío.

—¡Grandísimo cabezota, no quiero que bajes ahí!

—Te he dicho que tengo que hacerlo.

—Si lo haces, no te volveré a mirar a la cara.

—Lo siento, pequeña, pero sé que es mi deber. Hasta luego.

Jackie se adentró en la caverna. Junto a la pared había dos sacos. En uno de ellos estaban los papeles que servían para acabar con el gas carbónico. Baker se buscó en los bolsillos y sacó una caja de fósforos. Se proveyó de algunos papeles y se echó el saco al hombro.

Lewis apareció en el hueco.

—Eh, muchacho. Déjame que te ayude. —Traía consigo una larga cuerda—. Te ataré un extremo a la cintura y sostendré desde aquí el otro cabo mientras te abres camino hacia abajo.

Jackie sonrió.

—Gracias, tío. Es una buena idea.

—Infiernos, ¿cómo pensabas bajar? ¿A trompicones? Conozco mejor que tú esta caverna y habrías ido al fondo en un santiamén.

Fran también apareció, haciendo un mohín enfurruñado.

—Ya que las cosas están así, también cooperaré.

—Me ayudarás a sostener la cuerda —dijo Lewis.

Poco después, Jackie quedaba listo para iniciar su peligroso descenso.

Pronto pudo comprobar que efectivamente su tío había tenido una buena idea al pensar en la cuerda, ya que por momentos el terreno era más inclinado.

De vez en cuando se había de detener para prender fuego a otro papel.

Al cabo de media hora se encontró con un terreno esponjoso.

Uno de sus pies cedió e instintivamente trató de agarrarse con

una mano a la pared. El papel que llevaba en ella cayó hacia el fondo.

Se sostuvo de puntillas sobre una piedra, pero su mano estaba resbalando del lugar donde se había cogido.

No quería valerse de la otra mano, ya que era con la que retenía el saco y, si perdía éste, no tendría más remedio que retroceder.

Vio un saliente de la roca hacia la derecha y saltó logrando alcanzarlo. Dio un suspiro de alivio y entonces oyó la voz enormemente aumentada de su tío.

—Eh, Jackie, ¿qué te ha pasado?

—Nada, Lewis. Todo va bien por ahora.

Sacó otros papeles y encendió uno de ellos. Ahora, acababa de descubrir un pequeño camino y siguiéndolo se dio cuenta de que iba bordeando el pasadizo, siempre hacia abajo.

Pero la senda terminó bruscamente. No había forma de continuar, a no ser que se suspendiese en el vacío valiéndose de la cuerda.

Prendió fuego a varios papeles y descubrió la continuación del camino unos cuatro metros más abajo.

Alzó la cara hacia arriba y gritó:

—¡Eh, tío! ¡Deja cinco metros de cuerda sueltos!

—Corriente, muchacho.

Era una ventaja eso de que se pudiesen oír gracias al eco, aunque algunas veces las palabras no se pudiesen distinguir con absoluta claridad.

Jackie esperó a tener los cinco metros de cuerda en su brazo y entonces se arrojó hacia el trozo rocoso.

Avanzó un poco más y de pronto se detuvo porque a la luz del papel acababa de descubrir el fondo de la caverna.

Observó dos esqueletos que debían permanecer allí quizá desde doscientos o trescientos años atrás.

Pero también había otro cuerpo cubierto con camisa y pantalón.

Corrió a su lado. Las facciones eran totalmente irreconocibles. En un bolsillo de la camisa conservaba su cartera.

Se la sacó y buscó entre los papeles. Entre ellos vio una carta dirigida a Mattey Landrover.

De pronto oyó una carcajada, procedente de la parte superior del agujero, a la que siguió un chillido lanzado por Fran Bryan. Corrió

hacia donde estaba la cuerda, pero de pronto ésta cayó al suelo desde lo alto.

Entonces oyó la voz de Bart Landrover.

—Ya conoce mi secreto, ¿verdad, señor Baker? ¡Pues óigame bien! Ahí se va a quedar para siempre con ese cuerpo y dentro de un rato le hará compañía su tío.

CAPÍTULO XV

Jackie Baker se dijo que debería subir arriba inmediatamente. Consideró que sólo había un trozo difícil de salvar, aquellos cuatro metros que había saltado.

Pero tenía la cuerda.

Lo primero que hizo fue volcar el contenido del saco y luego le pegó fuego. Consideró que de esa forma podría ascender sin temor a que el gas carbónico hiciese presa en sus pulmones. Luego corrió por el camino hacia arriba, cargando a sus espaldas la cuerda convenientemente enrollada. Finalmente llegó al lugar peligroso.

Estuvo observando un rato el saliente desde el que había saltado. Hizo un lazo corredizo y luego lo lanzó hacia arriba. Fracasó la primera vez y tampoco los tres intentos siguientes tuvieron éxito, pero lo consiguió a la quinta. Tensó la cuerda, asegurándose de que estaba firmemente sujeta, y luego empezó a ascender a pulso, dándose toda la prisa que le fue posible.

De repente el saliente empezó a moverse.

Se quedó quieto unos segundos, rígido, porque sabía que si caía de aquella altura era la muerte irremisible. Luego ascendió poco a poco, pero la piedra seguía moviéndose bajo su peso.

Contuvo el resuello y por último dio un salto aferrándose al borde del sendero.

No se entretuvo en quitar la cuerda. Ya no la necesitaba. Ascendió por el camino y, cuando éste terminó, se cogió a las grietas y puso los pies en las hendiduras. Por último pudo ver la boca del agujero.

No, allí no había nadie. Pero cuando ya estaba muy cerca de la salida oyó otra vez la carcajada de Landrover.

—Muy bien, tío Lewis. Ahora te toca a ti seguir el camino de tu

sobrino.

Fran gritó:

—¿Cómo se atreve a decir eso, Landrover? ¡Saque ahora mismo de ahí a Jackie!

—¿Por qué iba a hacer yo una cosa así, pequeña?

—¿Es que me va a decir que es un asesino?

—Sí, ahora ya no importa que lo sepas. Yo empujé a Mattey porque quería quedarme con todo lo suyo. Soy un tipo que sabe hacer las cosas bien. Si estos estúpidos de los Baker se hubiesen estado quietos, nadie habría conocido mi secreto. Pero los dos entrometidos tendrán ahí su tumba, lo mismo que mi hermano.

—¿Qué espera que haga yo, señor Landrover? —preguntó Fran.

—Tú vas a ser mi esposa y eso debe colmar tus ambiciones.

—Se equivoca. No voy a ser su mujer.

—Si es necesario, recurriré a la fuerza, dulzura.

—¡Es usted un miserable…! ¡Un canalla!

Landrover rió otra vez.

—Andad, muchachos. Coged a Lewis y arrojadlo al pozo. No puedo perder más tiempo.

En ese momento, Jackie salió del agujero con la mano sobre la culata del revólver.

—Hola, Landrover —dijo.

Bart estaba mirando en ese instante a la muchacha y se volvió como una centella llevando la mano al «Colt».

Dos hombres que sujetaban a Lewis también dejaron libre a éste para atrapar las armas.

Jackie empezó a disparar su revólver.

La primera bala fue para Landrover. Éste la recibió en el pecho y se derrumbó hacia atrás.

Lewis se abalanzó sobre uno de los pistoleros que le flanqueaban y rodó con él sobre el polvo.

Jackie se encargó del otro metiéndole una bala en la cabeza.

Luego corrió hacia donde estaba su tío y pegó un culatazo en la nuca del forajido dejándolo sin sentido.

Fran corrió al lado del joven.

—Oh, Jackie, creí que no me volverías a besar…

—Pues estabas muy equivocada. Éste va a ser el primer beso de una larga cadena.

La atrajo hacia sí uniendo sus labios a los de ella. Lewis soltó una risita y alargando una mano extrajo de detrás de una roca una botella de *whisky*.

Bebió un trago y observó que los dos jóvenes seguían besándose.

—¿Cuándo vais a acabar? —dijo.

Fran y Jackie contestaron con un gruñido.

FIN